

Voces en torno a la libertad, la identidad y la esperanza

LEONARDO PADURA FUENTES
FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Presentación

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO



Voces en torno a la libertad, la identidad y la esperanza

C O L E C C I Ó N

MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA

Historia y Pensamiento Social

Guillermo Narváez Osorio
Rector

Voces en torno a la libertad, la identidad y la esperanza

LEONARDO PADURA FUENTES
FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Presentación

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO

Primera edición, 2025

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco

Para su publicación esta obra fue aprobada por el sistema de “revisión abierta” por pares académicos. Los juicios expresados son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

Diagramación y portada: Fernando Ramos Bedoy

ISBN: 978-607-606-729-1

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

*Porque reconocer el pensamiento y las obras
de Padura y Torralba significa reafirmar
que la universidad no ha claudicado:
que sigue siendo un lugar de libertad,
de crítica, de formación integral.*

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO

CONTENIDO

Presentación

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO



DOCTORADO HONORIS CAUSA

A LEONARDO PADURA FUENTES

Leonardo Padura Fuentes, escritor internacional

CLAUDIA OSORIO GUTIÉRREZ

Leonardo Padura, una voz imprescindible para comprender nuestro tiempo

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO

Diálogo con Leonardo Padura

Todavía existen demasiadas personas que seguimos pensando que es necesario que prevalezcan las utopías

HAROLD ALVA (Perú) y ÁLVARO SOLÍS (México)



DOCTORADO HONORIS CAUSA

A FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

El humanismo cristiano del siglo XX

ROBERTO VALENCIA AGUIRRE

Sentido, vacío y donación

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

Francesc Torralba Roselló, testimonio de pasión y sabiduría

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO

Francesc Torralba Roselló, ejemplo de ideas transformadoras

JAVIER MAY RODRÍGUEZ

Gobernador Constitucional del Estado de Tabasco

Diálogo con Francesc Torralba Roselló

*La filosofía, en la medida que es un ejercicio de autocrítica,
de reflexión y de meditación, puede ayudar a madurar la
fe, a pensar sus límites y, sobre todo, su verosimilitud*

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO, JESÚS ANTONIO SIBILLA

OROPESA Y ROBERTO VALENCIA AGUIRRE

PRESENTACIÓN



Las universidades contemporáneas enfrentan una responsabilidad histórica: no basta con que sean centros de producción científica y tecnológica; deben constituirse también como espacios de reflexión crítica, ética y humanística, capaces de acompañar a la sociedad en el entendimiento de los desafíos que definen nuestro tiempo.

Vivimos en un mundo marcado por la aceleración digital, el cambio climático, la desigualdad estructural y una creciente fragmentación identitaria. En este contexto, la universidad está llamada a ser interlocutora lúcida y activa de su entorno, no solo por su capacidad para generar conocimiento, sino por su vocación de formar ciudadanos éticos, sensibles y capaces de pensar más allá de la utilidad inmediata.

Desde su fundación en 1958, la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco ha comprendido este doble compromiso: formar profesionistas competentes y, al mismo tiempo, cultivar una ciudadanía consciente, comprometida con la justicia, la dignidad humana y el sentido de la vida en comunidad. En cada aula, en cada libro abierto, en cada joven que se atreve a pensar por sí mismo, construimos ese ideal universitario.

Pensar críticamente no es un privilegio: es una urgencia ética. Ese ejercicio no puede limitarse al espacio académico; debe irradiar hacia la sociedad, convertirse en conversación pública, alimentar la esperanza de que la educación sigue siendo la vía más poderosa para transformar el mundo.

En ese marco de convicción y responsabilidad, nuestra institución ha hecho suya la prerrogativa esencial de otorgar el grado de Doctor Honoris Causa como expresión del más alto reconocimiento universitario. No se trata de un gesto protocolario, sino de un acto profundamente simbólico: reconocer públicamente a aquellas figuras cuyas vidas y obras representan la encarnación del saber comprometido, la lucidez crítica y el servicio al bien común.

Otorgar este grado a personalidades que han consagrado su vida a la ciencia, al arte, a la tecnología, a la filosofía o a la literatura, es una forma de afirmar lo que la universidad considera valioso y quiere preservar: el pensamiento riguroso, la palabra ética, la imaginación transformadora. En este sentido, los reconocimientos concedidos en 2025 al escritor Leonardo Padura y al filósofo y teólogo Francesc Torralba Roselló constituyen no solo un tributo a sus trayectorias intelectuales, sino una declaración de principios sobre el tipo de cultura que aspiramos a promover.

Ambos intelectuales, desde geografías y disciplinas distintas, han hecho de la palabra escrita una herramienta de conciencia, diálogo y responsabilidad. Sus obras no son meros productos estéticos o académicos; son respuestas a los dilemas de nuestro tiempo, testimonios de una inteligencia comprometida con la humanidad.

Leonardo Padura, novelista y ensayista de renombre internacional, ha logrado retratar con maestría la condición humana en medio de las tensiones sociales, políticas y culturales de América Latina. Su obra, anclada en la experiencia cubana pero universal en sus temas, disecciona con lucidez los dolores, esperanzas y contradicciones de la sociedad contemporánea. Con personajes entrañables y tramas de alta densidad ética y literaria, Padura ha construido una narrativa que combina la belleza del lenguaje con la potencia de la denuncia, el desengaño con la esperanza, la crítica con la ternura.

Otorgarle esta distinción es, además, una forma de defender el valor de la literatura como espacio de resistencia simbólica, como archivo de las luchas históricas, como refugio de la libertad interior en tiempos de censura, superficialidad o desinformación. Leonardo Padura representa a todos los escritores que, incluso desde contextos adversos, se han negado a guardar silencio. Su obra, rigurosa y valiente, es testimonio de que el arte de narrar sigue siendo una forma de pensar y de resistir.

Francesc Torralba Roselló, por su parte, ha hecho de la filosofía y la teología un puente entre la tradición intelectual y los desafíos del presente. Su pensamiento —sereno, claro, fecundo— se ha orientado a explorar el sentido de la vida, la ética del cuidado, la dignidad humana, la espiritualidad en un mundo secularizado. Con una extraordinaria capacidad pedagógica, ha sido capaz de hacer accesibles temas complejos y de invitar al diálogo entre saberes, culturas, religiones y generaciones.

Reconocer su obra es reconocer la vigencia de la filosofía como disciplina que ilumina la experiencia humana, que educa en la interioridad, que acompaña en la vulnerabilidad. Torralba representa a esa generación de pensadores que no renuncian a la profundidad en tiempos de inmediatez, que siguen creyendo en la posibilidad de un pensamiento cuidadoso, generoso y transformador.

Ambas personalidades, desde sus respectivos campos —la literatura y la filosofía—, son testigos de que el pensamiento adopta múltiples formas, pero confluye en la misma tarea: pensar lo humano, pensar lo justo, pensar lo posible.

Reconocer a Padura y a Torralba es ofrecer a las nuevas generaciones modelos de excelencia intelectual y compromiso ético. La universidad, al distinguirlos, afirma los valores que quiere sembrar en sus estudiantes: la pasión por el conocimiento, la valentía de la verdad, la fuerza de la imaginación, la responsabilidad de incidir en el mundo.

Reconocerlos fortalece nuestra identidad cultural y nos conecta con las grandes conversaciones de nuestro tiempo. Para nuestra comunidad universitaria, la presencia —simbólica y real— de estas dos figuras constituye una fuente de inspiración, una semilla de futuro, una lección de altura y de coherencia.

Para Tabasco, históricamente vinculado al encuentro de culturas y al pensamiento crítico, este reconocimiento proyecta una imagen de apertura, de diálogo y de compromiso con el saber. Padura y Torralba, al aceptar esta distinción, se vinculan con nuestra tierra, con nuestra gente. El nombre de Tabasco, a través de ellos, se inscribe en el mapa de la cultura global, no como periferia, sino como interlocutor legítimo de las grandes voces del pensamiento contemporáneo.

En nuestro país, sin duda, enfrentamos grandes retos en materia de cohesión social, justicia, educación y cultura, estos reconocimientos son también una forma de afirmar que nuestras universidades están vivas, que aún apuestan por la inteligencia, por la palabra, por el diálogo. En un contexto marcado por la polarización, el desencanto o el desprestigio de lo público, estos actos envían un mensaje claro: seguimos creyendo en el poder transformador de las ideas.

Porque reconocer el pensamiento y las obras de Padura y Torralba significa reafirmar que la universidad no ha claudicado: que sigue siendo un lugar de libertad, de crítica, de formación integral. Que continúa sembrando en los jóvenes la aspiración de alcanzar lo más alto, no solo profesionalmente, sino en términos humanos. Que en tiempos de fragmentación del sentido, su voz representa una llamada a educar la interioridad, a cultivar el asombro, a rehumanizar el pensamiento, a seguir apostando por la cultura como cimiento de lo común, por reconciliar lo espiritual con lo racional, lo académico con lo vital.

Este libro, *Voces en torno a la libertad, la identidad y la esperanza*, reúne los discursos, diálogos e intervenciones

realizados durante y alrededor de las ceremonias en las que fueron investidos Leonardo Padura y Francesc Torralba Roselló como Doctores Honoris Causa por nuestra institución. Sus páginas no son solo un registro documental o celebración de trayectorias: son un testimonio vivo del diálogo entre la universidad y el pensamiento contemporáneo, una invitación a la reflexión, a la lectura crítica, a la admiración consciente.

Son también una oportunidad para que nuestros estudiantes, profesores y lectores en general entren en contacto con dos formas ejemplares de pensar, escribir y vivir. Porque, como universidad, creemos que el pensamiento no es un lujo, sino un deber; que la cultura no es un ornamento, sino un cimiento; que la palabra no es un adorno, sino un acto de libertad.

Que estas voces, aquí recogidas, acompañen e inspiren a quienes se acerquen a ellas. Que nos recuerden que una universidad es verdaderamente grande cuando sabe reconocer y dialogar con quienes han hecho del pensamiento una forma de servir a la humanidad.

LIC. GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO
Rector

LEONARDO PADURA FUENTES

DOCTORADO HONORIS CAUSA



Ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el martes 11 de marzo de 2025.



Leonardo Padura Fuentes, escritor internacional

Novelist, periodista y guionista, Leonardo Padura es, sin duda, una de las voces más influyentes de la literatura cubana y latinoamericana de hoy. Considerado uno de los escritores de mayor trascendencia en el universo creativo de nuestro idioma, ha marcado un antes y un después en la literatura contemporánea.

Nació en Mantilla (Arroyo Naranjo, La Habana), en el año 1955. Realizó sus estudios preuniversitarios en el cercano barrio de La Víbora, de donde es su esposa, la guionista Lucía López Coll. Estos lugares se verán reflejados en su obra, debido a la estrecha conexión espiritual que siente por ellos.

Este intelectual ha construido una obra sólida y comprometida, en la que retrata con maestría la complejidad de la sociedad cubana y los matices de la condición humana. Estudió Literatura Latinoamericana en la Universidad de La Habana. A partir de 1980, se dedicó al periodismo, redactando reportajes de historia y cultura para medios como la revista literaria *El caimán barbudo* o el periódico *Juventud rebelde*. Asimismo, se convirtió en jefe de redacción de *La Gaceta de Cuba*.

En 1988 publicó su primera novela, *Fiebre de caballos*, con la que comenzó una exitosa trayectoria literaria. Pero

no es hasta la publicación de la serie de novelas policiacas protagonizadas por el detective Mario Conde cuando obtuvo un mayor reconocimiento, ya que con ellas nos ofrece una radiografía de la Cuba de las últimas décadas, con su nostalgia, contradicciones y anhelos. La maestría alcanzada en este género por Padura lo han convertido en uno de los renovadores del género policial en lengua española.

Los títulos que integran la saga de Mario Conde son: *Pasado perfecto* (1991), *Vientos de cuaresma* (1994), *Máscaras* (1997), *Paisaje de otoño* (1998), *Adiós Hemingway* (2001), *La neblina del ayer* (2005), *La cola de la serpiente* (2011), *Herejes* (2013), *La transparencia del tiempo* (2018) y *Personas decentes* (2022).

Sin embargo, la popularidad a nivel internacional vendrá de la mano de la novela histórica *El hombre que amaba a los perros* (2009), que profundiza en la historia de Cuba e indaga en la vida de Ramón Mercader, el asesino de León Trotski. Con ella, Padura ha demostrado ser un narrador excepcional, capaz de abordar la historia y la política con una profundidad y una sensibilidad inigualables.

Con la misma destreza, Padura escribe guiones cinematográficos para documentales, como: *Yo soy del son a la salsa* (1996), y ficciones, como *Regreso a Ítaca* (2014), basada en su obra literaria *La novela de mi vida* (2001). Incluso, su tetralogía *Cuatro estaciones* fue adaptada en 2016 como miniserie para la plataforma Netflix.

Es también destacable la faceta del autor cubano como ensayista, dedicándole una especial atención a la obra de Alejo Carpentier o a la de José María Heredia. Algunos de sus textos en el centauro de los géneros como lo denominó Alfonso Reyes, son: *Colón, Carpentier, La mano, el arpa y la sombra* (1987); *Un camino de medio siglo: Alejo Carpentier y la narrativa de lo real maravilloso* (1994); *Modernidad, posmodernidad y novela policial* (2000); *José María Heredia: la patria y la vida* (2003), etc. Asimismo, escribe cuentos y realiza ediciones de sus entrevistas y reportajes.

Sus obras han sido traducidas a numerosos idiomas y merecedoras de innumerables premios. Miembro honorario de las academias de la lengua de Cuba, Costa Rica, Panamá y Puerto Rico y miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua.

Ha sido galardonado con el Premio de Crítica Literaria (1985 y 1988); el Premio Mirta Aguirre (1985); el Premio UNEAC (1993), por *Vientos de cuaresma*; el Premio Café Gijón (1995); el Premio de la Crítica (1997), por el cuento *La pared*; el Premio Hammett (1998 y 2006), por *Paisaje de otoño* y *La neblina del ayer*, respectivamente; el Premio Raymond Chandler (2009); el Premio Francesco Gelmi di Caporiaco (Italia, 2010), el Prix Initiales (Francia, 2011), el Premio de la Crítica (2011) y el Premio Carbet del Caribe (2011), por *El hombre que amaba a los perros*; el Premio Nacional de Literatura (2012); la Orden de las Artes y las Letras (Francia, 2012); el Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza (2014); el Premio Princesa de Asturias de las Letras (2015), galardón que reafirma su lugar en la élite de la literatura en español, y el Premio Pepe Carvalho (2023). Ha sido nominado en varias ocasiones al Premio Nobel de Literatura.

CLAUDIA OSORIO GUTIÉRREZ



**Leonardo Padura, una voz imprescindible
para comprender nuestro tiempo**

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO



Discurso pronunciado durante la ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el martes 11 de marzo de 2025.



Muy buenas noches.

La Habana era una ciudad que se desmoronaba, una ciudad que se hundía en el mar de la nostalgia y la desilusión. La Habana era una ciudad que se había quedado sin futuro, sin esperanza, sin nada que la sostuviera en pie. Pero a pesar de todo, la Habana seguía siendo una ciudad hermosa, una ciudad que tenía una belleza triste y desgarrada, como la de una mujer que ha sido abandonada por su amante. La Habana seguía siendo una ciudad que tenía alma. Un alma que se manifestaba en la música, en la danza, en la pintura y en la literatura.

Leonardo Padura. *La Habana azul*

Con profunda emoción y un sentido de gran privilegio, me dirijo a todos ustedes en este día memorable en que nuestra máxima casa de estudios, la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, honra a uno de los más grandes escritores vivos de nuestro tiempo, Leonardo Padura. La concesión de un doctorado Honoris Causa es un acto relevante en la vida de las universidades, porque históricamente han sido las universidades baluartes del conocimiento, de la innovación y del pensamiento crítico.

Además de su papel en la formación académica y profesional de los estudiantes, las universidades desempeñan un papel crucial en la promoción de la ética y la promoción de

la defensa de la libertad, en el fomento del pensamiento crítico y en la autonomía intelectual. Esta capacidad crítica es fundamental para la formación de ciudadanos informados y responsables que pueden tomar decisiones éticas y defender sus derechos y sus libertades.

Por ello, reviste una profunda relevancia la prerrogativa de otorgar el **grado de Doctor Honoris Causa**, la máxima distinción académica que concede nuestra Universidad, a aquellas personas que han consagrado su vida a la ciencia, al desarrollo tecnológico, a las artes o a las humanidades. Se trata de trayectorias ejemplares que, sostenidas a lo largo del tiempo, han producido obras de gran valor intelectual, artístico o científico, cuya influencia trasciende su campo específico y se convierte en referente para las nuevas generaciones. Reconocer tales legados es también una forma de afirmar públicamente los ideales que nuestra institución cultiva y promueve. Tal es el caso que hoy nos convoca.

Cuando hoy hacemos público nuestro respeto y admiración por la obra literaria de Leonardo Padura, no solo celebramos la concesión del Doctorado Honoris Causa al escritor universal Leonardo Padura, sino que también reconocemos la inmensa contribución de un hombre cuyas palabras han trascendido fronteras, cuya pluma ha desentrañado los misterios del alma humana y cuya obra ha iluminado las complejidades de nuestra sociedad.

Leonardo Padura. Su nombre resuena con fuerza en el panorama literario mundial. Un autor que ha sabido como pocos captar la esencia de la vida cubana, sus luces y sus sombras, sus esperanzas y desencantos. Su obra es un testimonio de la realidad de su país, pero también es una gran reflexión sobre los temas universales que nos conciernen a todos.

Podemos preguntarnos, ¿por qué reconocer a un hombre, a un escritor que desde hace 40 años, en la soledad de su escritorio, en su barrio de Mantillas, escribe miles de páginas sobre ficciones o personajes acaso no reales? Sin duda,

la respuesta no las ofrece la fuerza espiritual que encierra la literatura en su propia esencia.

La literatura, como forma de arte, posee una capacidad para explorar y revelar la condición humana. A lo largo de la historia, escritoras y escritores de diversas culturas y épocas han utilizado el teatro, la poesía y la novelística para indagar en los aspectos más profundos de la experiencia del ser humano, desde las emociones más íntimas hasta los conflictos sociales más complejos.

Desde sus primeras novelas, Padura nos cautivó con su estilo narrativo único, su prosa elegante y su capacidad para crear personajes inolvidables. Destaca, sin duda, Mario Conde, su detective melancólico y entrañable, que se ha convertido en un icono de la literatura contemporánea, un antihéroe que nos conquista con su humanidad y su sentido del humor. Así lo ha declarado nuestro personaje, nuestro homenajeado.

Aunque ya había escrito tiempo atrás su primera novela, así como diversos cuentos y ensayos, no sería aventurado decir que el gran éxito de su carrera literaria empieza a fines de los años ochenta, cuando incursiona en el género de narraciones policíacas -conocido como ‘novela negra’-, relatos caracterizados por su realismo, por su lenguaje crudo, por su crítica social, política y cultural.

Porque Padura considera -lo cito-, “la realidad cubana exigía una nueva novela policiaca, más aguda, más crítica, más realista, mejor escrita”. Y esto lo logra gracias a un personaje no solo creíble, sino también memorable. Porque al igual que la sociedad evoluciona y cambia a lo largo del tiempo, en la primera novela, Mario Conde aparece como un hombre de 35 años, mientras que en *Personas decentes*, escrita en 2016, el antiguo policía tiene ya más de 60 años y se ha convertido en un desencantado vendedor de libros usados. Sin embargo, Mario Conde mantiene rasgos esenciales como la nostalgia, la amistad, la querencia a su barrio, el interés por las obras de arte y el afán de restaurar un cierto

orden social. Es una figura. Es una figura entrañable a quien, como le sucedió a Sherlock Holmes, muchos consideran que Mario Conde existía o existió o existe en la vida real.

Pero la obra de Padura va más allá de la mera ficción. Sus novelas son un retrato fiel de la sociedad cubana, un espejo que refleja sus contradicciones, sus conflictos y sus anhelos. Padura no teme abordar los temas más difíciles, como la corrupción, como la injusticia o la memoria histórica. Su compromiso con la verdad y su valentía para denunciar las injusticias lo convierte en un escritor imprescindible para comprender nuestro tiempo.

Su novela *El hombre que amaba a los perros*, es un ejemplo de su maestría narrativa y su capacidad para entrelazar la historia y la ficción. En esta obra monumental que, como ya nos comentó el maestro Padura, tardó cinco años en escribir. Nos lleva en un viaje a través del tiempo, desde la Rusia revolucionaria hasta la Cuba contemporánea para contarnos la historia de Ramón Mercader, el asesino de León Trotsky.

La obra de Padura ha sido reconocida con numerosos premios, entre ellos el Premio Nacional de Literatura de Cuba, el Premio Princesa de Asturias de las Letras y la Orden de las Artes y las Letras de Francia. Pero su mayor recompensa es el reconocimiento de sus lectores que encuentran en sus libros un refugio, un espejo, una ventana a otros mundos.

Hoy, la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco se enorgullece de sumar su nombre a la lista de universidades (dos antes) que han reconocido la trayectoria y el legado de Leonardo Padura. Con este Doctorado Honoris Causa queremos expresar nuestro agradecimiento por su contribución a la literatura y a la cultura universal. Su obra, maestro Padura, es un faro que ilumina nuestro camino.

Es una invitación a reflexionar sobre nuestro pasado, sobre nuestro presente y nuestro futuro. Su voz es un eco que resuena en nuestros corazones recordándonos la importancia de la memoria, de la historia, pero sobre todo, de la li-

bertad. En nombre de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, le expreso nuestro más sincero agradecimiento por su presencia y por su obra.

Que este reconocimiento sea un testimonio de nuestro respeto y de nuestra admiración. Las maravillosas palabras, la magnífica lengua que usted, maestro Padura, con tanta maestría maneja para enseñarnos, para entretenernos, para compartir imágenes, hechos, vivencias y personajes de La Habana, son palabras que nos saben a propias, aunque estén amarradas con otros ritmos y con otros acentos.

Felicidades, maestro Leonardo Padura, por su trayectoria, por su obra. Acepte este reconocimiento que le hemos otorgado de Doctor Honoris Causa, que se suma a muchas otras valiosas distinciones. De igual forma, nos felicitamos a nosotros mismos por la oportunidad de tenerlo en esta, la que desde ahora es su casa, la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Muchas gracias maestro Padura.

Y que vengan muchísimas obras más para bien de la cultura y de la literatura. Pero sobre todo, como aquí dije, para bien de un valor fundamental que usted siempre ha defendido: la libertad de pensamiento, la cual hoy nos ha dibujado en su intervención, de esta su próxima obra, que esperamos no tarde tanto como *El hombre que amaba los perros*, para que podamos leerla, y cuando la tengamos en nuestras manos, recordemos que aquí, en este teatro universitario, tuvimos la primicia, tuvimos una parte de esa gran obra que usted ha escrito. Y como dijo -y voy a atreverme a una pequeñísima infidencia-, una persona que hoy está aquí entre el público, pero ayer durante una comida con el maestro Padura, expresó: “Estoy seguro - y así lo queremos todos-, que hoy estemos viendo ¿por qué no?, al próximo Premio Nobel de Literatura nacido en el continente americano”.

Felicidades, Maestro Padura. Gracias y larga vida.
Estudio en la duda. Acción en la fe.



Diálogo con Leonardo Padura

*Todavía existimos demasiadas personas
que pensamos que es necesario que prevalezcan
las utopías*

HAROLD ALVA (Perú)
ÁLVARO SOLÍS (México)



Diálogo realizado el miércoles 12 de marzo de 2025, en el recinto de la Colección Especial Bibliográfica “Francisco J. Santamaría”, ubicado en el histórico Instituto Juárez, de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Se grabó y se transmitió por TV UJAT como un programa especial.



Harold Alva (HA).- Querido Leonardo, un placer este diálogo contigo. A la universidad, por supuesto, por permitirnos trascender desde este espacio para que los otros que van a escucharnos y leernos puedan saber que aquí estuvo Leonardo Padura... Bien, para iniciar, quiero plantear lo siguiente. Por su literatura, pensando en que redacta o reflexiona sobre los socialismos del siglo XX y sobre una vitalidad que la sostiene en el siglo XXI, yo podría decir que usted es el escritor de los dos siglos. Entonces, desde ese lugar, me permito preguntarle: ¿qué piensa que es lo mejor que dejó la última centuria, la del boom, la de los vitalistas, la de los metaliterarios?

Leonardo Padura (LP).- El siglo XX fue un siglo tremendo en el que ocurrieron muchísimas cosas: dos guerras mundiales, e igual se vivieron los dos totalitarismos más feroces que haya conocido la historia; porque fue un momento en que el Estado se apropió de todos, incluso de los individuos. Fue un siglo en el que el arte cambió por completo su sentido, su significado y sus posibilidades técnicas. Surge el cine. Recuerdo, por ejemplo, que hay un libro de crítica cinematográfica de Guillermo Cabrera Infante que se llama *Un oficio del siglo XX*, que señala que ésta -la crítica de cine-, es un oficio del siglo XX. Entonces, vemos que ocurrieron muchas cosas. En el ámbito latinoamericano, por supuesto, son sucesos importantes desde la Revolución Mexicana

hasta la Revolución Cubana. Una ocurre a principios del siglo y la otra, en la mitad. Y además, todos los procesos que vienen después: fenómenos terribles que marcan la historia del continente, las dictaduras militares que ocurrieron en buena parte de los países; hubo un momento en que en América Latina había más dictaduras que gobiernos democráticos. Te podrás imaginar lo que ha significado eso.

Y así nos asomamos al final del siglo a un proceso que ha sido traumático, necesario y que a la vez puede ser muy beneficioso, pues se produce -a mi juicio-, un cambio de era. Se pensaba que con el fin de la Guerra Fría y con el cambio de siglo estarían ocurriendo acontecimientos que implicaban una continuidad. Pero realmente lo que había era una ruptura. Una ruptura porque se pasa del mundo analógico al mundo digital, el cual ha traído toda una serie de consecuencias desde las relaciones personales hasta la política y la economía. En el caso de la cultura, ha afectado muchísimo para bien, aunque también podría ser para mal.

Y estamos en un momento muy convulso al que nos ha abocado esta nueva era que emerge. Paradigmas que existían y que se respetaban, se han ido deformando y deteriorando. Porque está pasando algo que a mí me parece muy interesante, y es que estamos viviendo el momento de la historia en que el tiempo va más veloz. Creo que la velocidad del tiempo se ha acelerado. Fíjate que pasan cosas que en dos o tres años cambian las maneras de entender y de realizar la vida. Ejemplo: hemos pasado recientemente por una pandemia y con un resultado muy normal en cuanto a los comportamientos humanos. Y es que parece que no pasó la pandemia. Hemos tratado de olvidar esos dos años. Los hemos borrado de nuestras memorias porque se cayó en una rutina en que muchas veces las personas hacían lo mismo todos los días. Pero también porque fueron años en que lo más esencial del ser humano se puso de manifiesto, que es el miedo a la muerte. Por el miedo a la muerte admitimos que los gobiernos nos

dictaran confinamiento, no nos dejaran viajar. Le permitíamos todo a los gobiernos con tal de salvarnos. Y eso es muy significativo de los comportamientos de las personas.

Álvaro Solís (AS).- *Justamente, ahora que hablas de la historia, esta es parte fundamental de toda literatura. Particularmente de la tuya, que ha dado lugar a escenarios y a personajes, ¿cómo fue que tú volviste consciente en esta intromisión de la historia en tus obras?*

LP.- Todo empezó justamente con mi trabajo periodístico (voy a decir algo que Harold no conoce y le va a encantar). Mi tesis de grado universitario, el trabajo con que yo me gradúo, es un análisis de la vida, la época y la obra del Inca Garcilaso de la Vega. Es decir, soy un garcilasista...

HA.- *Nuestro primer mestizo.*

LP.- ...El primer iberoamericano, el primer hombre que tiene conciencia de que está viviendo en un mundo que no sabe definir y que está naciendo. Que ha nacido de un trauma, el de la conquista. Él proviene de una familia de la realeza incaica y de una familia de una cierta aristocracia española. Bueno, era descendiente, entre otros, del poeta Garcilaso de la Vega, de ahí su nombre.

Ese trabajo me relacionó con la búsqueda de los orígenes. Y después cuando hago periodismo, uno de los temas que más trabajé fue esa búsqueda de orígenes. Escribí sobre la historia del barrio chino de La Habana, sobre el origen de la Virgen de la Caridad del Cobre, el Ron Bacardí, la presencia de los franco-haitianos y el cultivo del café en la región oriental de Cuba. Muchos textos que tenían que ver con esta cuestión de los orígenes.

Y después me acerqué a la literatura de Alejo Carpentier, del que escribí dos libros fundamentales, y algunos pequeños

libros que se han publicado por separado. Y este fenómeno de la definición de lo real maravilloso como la teoría que explica la singularidad americana. Creo que todo eso me fue abocando a la historia, como ensayista y como periodista.

Y la historia de esos temas cubanos que fui trabajando es la historia no oficial, que casi no está en los libros. Un tema como ese del barrio chino de La Habana, por ejemplo. Todo el mundo sabe que en La Habana existió un barrio chino, pero nadie sabía cuál había sido la historia general de él y cómo había surgido y que características tenía. Entonces, esta historia no oficial me dio la posibilidad de ficcionalizar ciertos procesos históricos. Y al ficcionalizarlo ya estaba un poco haciendo literatura desde el periodismo.

Ese periodismo se le llamó en Cuba periodismo literario. Fue un momento muy especial porque cambió ese ejercicio en una época en que era muy dogmático. De pronto dos periodistas que estábamos en una publicación oficial de Cuba empezamos a hacer un trabajo completamente diferente, que no respetaba esos códigos y que no tenía nada que ver con la propaganda. Y a partir de ahí escribo mis primeras novelas y la historia siempre estará presente. Siempre presente, pero fue creciendo más y más. Finalmente, cuando escribo *La novela de mi vida*, a finales del siglo pasado y principios de este (se publica en el 2001), entro en la historia profunda de Cuba, a esa historia del siglo XIX cubano.

En términos de categorías más científicas, al momento del nacimiento de la sensibilidad y pertenencia de la nacionalidad cubana a través de la figura de José María Heredia. Un hombre que precisamente vivió la mayor parte de su vida aquí en México -solo vivió cuatro años en Cuba-, pero que decidió ser cubano. Y esa visión de la historia, a partir de ahí, se fue expandiendo. Creo que es muy importante mirar la historia porque la raza humana es la única que conoce y registra la historia, pero también es la única que no aprende de la historia, porque nos equivocamos una y otra vez.

Y es esa incapacidad que hemos tenido de poder aprender de los errores de un proceso que intentó establecer una utopía igualitaria. Cómo eso se fue deformando. Cómo lo fuimos deformando. Ustedes en el Perú tienen una experiencia amarga de lo que puede haber pasado con esas ideologías extremistas. Nosotros en Cuba hemos vivido un proceso de socialismo durante 70 años y esos errores se repiten, una y otra vez, tanto en un sistema como en otro. Ahora mismo estamos abocados a miradas muy fundamentalistas en cuanto a la economía, la sociedad y la política que evocan bastante a gobiernos dictatoriales y totalitarios.

HA. Yo estaba pensando en una frase muy realista de Ítalo Calvino, cuando le preguntaban por qué los jóvenes de la posguerra de su generación no escribían sobre el drama exterior y él decía que porque los dramas interiores estaban perfectamente contruidos. Pero yo, cuando leo tus novelas, tengo la sensación de que le respondes a Calvino, porque tú sí nos estás contando el drama exterior. Claro, a través de personajes que logran contar la historia y que nos dicen de que, efectivamente, es importante retornar a esos grandes relatos épicos. A eso se refería mucho Lyotard, por ejemplo, cuando señalaba que el problema de la humanidad es que había perdido un poco la épica. ¿Hasta cuánto el sentido épico le ha dado consistencia a tu literatura?

LP.- Creo que ocurrió algo con los escritores posteriores al boom de la novela latinoamericana. Allí se construyeron grandes discursos. Eran novelas abarcadoras, novelas totales: *Conversación en la catedral*, *Cien años de soledad*, *Terra Nostra*, *El Siglo de las Luces*, *Paradiso*, *Palinuro de México* y *Noticias del Imperio*... Pero los escritores que vinieron después empezaron a buscar una expresión distinta. Una cercanía a los fenómenos y a las personas más normales, quizá hasta vulgares en sus comportamientos...

HA.- Desde lo ordinario pretender alcanzar lo extraordinario, decían algunos...

LP.- Sí, más o menos algo así fue lo que ocurrió. Yo he hecho las dos cosas. Con mis novelas policíacas de alguna manera he tratado de hacer una crónica de lo que ha sido la vida contemporánea cubana en estos años. Pero esa crónica, en la que lo histórico está en lo contemporáneo, pues también tiene un cierto carácter dramático. Pero hay un sentido épico en cuanto al comportamiento de los personajes por la relación con la historia, con el futuro de esa historia. Y en otras novelas, como pueden ser *La novela de mi vida*, *El hombre que amaba los perros* o *Herejes*, pues ya hay un sentido mucho más abarcador en el que se ve ese universo, en el que en un tema, en una novela, hablo del origen de los cubanos. En otra, hablo de la perversión de la utopía. En otra, hablo del ejercicio de la libertad individual y los precios que se paga por ejercer esa libertad individual y trato de ser lo más abarcador posible. *¿Por qué?*

Porque creo que muchas veces si se reduce a lo esencial o a lo típicamente cubano esos discursos, pues me quedaría haciendo una literatura doméstica y necesito que esto tenga una reflexión, que sea mucho mayor en cuanto a esa mirada más abarcadora. Que tiene una garantía. Una garantía en cuanto a la parte dramática y es que los grandes conflictos de la condición humana siempre más o menos son los mismos y son universales. Todos sentimos miedo. Todos sentimos amor. Todos le tenemos miedo a la muerte...

HA.- Odiamos a veces...

LP.- Entonces, bueno, eso también, es una mezcla de los dos elementos.

-AS.- Eres un hombre -según hemos escuchado en algunas de tus entrevistas-, muy apegado a tus raíces. Sigues viviendo en

la casa donde naciste. En este sentido, esto constituye un rasgo que es también constante en muchas de tus obras, que es dar a conocer al mundo la sensibilidad de lo cubano. Por ejemplo, las costumbres, los modismos, las expresiones, la cultura culinaria en personajes de la calle que hablan como tales... Hablando de modismo, ¿en qué momento sientes tú que eso que cualquier cubano entiende, lo va a entender alguien de otro país como España o México, sabiendo que hay algunos autores que han editado, por ejemplo, en España, Gabriel García Márquez, y le han querido hacer versiones españolas de sus novelas, a lo cual él se opuso?

LP.- Ese es un reto que uno tiene. Yo pertenezco a una cultura y esta tiene una de sus manifestaciones fundamentales en la lengua. La manera en que hablamos es la expresión de esa cultura y se llena de muchísimos vocablos o expresiones que tienen un significado con una representatividad histórica -a lo mejor en un momento determinado se usan, en otro no-, y las peculiaridades de una realidad como la cubana. Yo siempre tengo un temor cuando estoy escribiendo, porque a veces tengo que buscar la manera de que algo se entienda sin explicarlo. La literatura no está para explicar. Pero cuando yo le digo a alguien que un cubano no le alcanza el café porque el de la libreta de abastecimiento, o la libreta de racionamiento, que es como se debería llamar, o de desabastecimiento, como le llamaríamos ahora, esto no le alcanza el café, de alguna manera tengo que explicar eso, porque en el resto del mundo la relación con el café es muy sencilla. Tienes dinero, compras café. No tienes dinero, te jodiste. Y eso es universal. Pero entonces en Cuba a veces tienes dinero y no tienes café.

¿Cómo tú le das la vuelta a esa situación para que no sea explicativa? Bueno, ahí entonces hay una serie de recursos que voy utilizando. Y con la expresión ocurre lo mismo. Yo utilizo distintos niveles. Como todos sabemos los idiomas,

las lenguas, se dividen en normas. Hay normas lingüísticas. Hay una norma lingüística caribeña, una norma lingüística cubana, una norma lingüística habanera. Y esa norma lingüística que yo utilizo tiene distintos niveles. Yo, cuando está hablando el narrador, hablo con un nivel de esa norma lingüística. Pero cuando hablan los personajes, tengo que ponerlo en función de los personajes. Porque, además, los diálogos te ayudan a caracterizar a los personajes. No puede hablar igual, por ejemplo, una persona que es médico o abogado que una persona que es un campesino, o que es un marginal que está viviendo de negocios turbios. Tienen sus propias jergas. En un caso una jerga culta, en otro caso una jerga muy elemental.

Entonces, hay que manejar eso. Hay que saber utilizarlo y arriesgarse. Yo creo que si tú eres suficientemente claro, tu mensaje se va a entender. Cuento una pequeña anécdota que te va a explicar mucho. En una de mis novelas recientes, hay alguien que le dice a otro, “¿Por qué esa persona explotó como cafunga?” Mi traductora francesa se volvió loca buscando quién era cafunga. Hasta que se dio por vencida y me llamó y me dijo, “Leonardo, me encontré que había un cafunga que jugaba fútbol en la segunda división de Brasil”.

Le digo, no, no, no, tranquila, tranquila, Elena. ‘Explotar como cafunga’ es tener un gran problema, pero es que un personaje popular no puede decir la expresión ‘Ese tipo tuvo un gran problema’, él dirá ‘explotó como cafunga’. Y eso caracteriza al personaje. Caracteriza la obra. Caracteriza la circunstancia y habla de la pertenencia cultural de esa obra. Yo recuerdo, tú me decías sobre García Márquez. Pero en el caso de escritores como Vargas Llosa, por ejemplo, utiliza una enorme cantidad de peruanismos que se han ido asentando, y ya sabemos, por ejemplo, lo que es la huachafaría. Pero yo creo que antes de Vargas Llosa, ¿alguien en el mundo sabía de los huachafos? Yo creo que nada más los peruanos.

Entonces también está ese poder de la literatura de expandir el idioma. El idioma es un organismo vivo que está en constante evolución, en permanente enriquecimiento, y tenemos, afortunadamente -aunque Trump no lo crea-, uno de los idiomas más ricos y más dinámicos que existen. ¿Por qué? Porque somos muy diversos y, a la vez, somos muy iguales. A veces yo puedo utilizar en un personaje determinado un mexicanismo o un peruanismo para caracterizarlo en un sentido. En fin, que podemos, desde el Río Grande a la Patagonia, utilizar un idioma que entendemos a pesar de las peculiaridades semánticas de determinados vocablos que expresan algo que está muy relacionado con una determinada realidad.

HA.- Hablando de procesos y de evolución, y haciendo una especie de retrospectiva, el Leonardo Padura de hoy que regresa a la Habana con el doctorado Honoris Causa de esta universidad, y otras distinciones como el Princesa de Asturias, ¿qué le diría al joven narrador de Fiebre de Caballos, al joven periodista del Caimán Barbudo que mandaron a Juventud Rebelde?

LP.- Lo miraría y le diría: ¡ni te imaginas lo que te va a pasar! Porque ayer mismo lo decía en mi discurso al recibir el doctorado Honoris Causa de esta universidad. Yo creo que los caminos de la vida de las personas se construyen de muchas maneras y pasan cosas que uno nunca pensó que le fueran a ocurrir. Y a mí ya me han ocurrido muchas y he estado en lugares que nunca pensé que iba a estar. He conocido tantas personas y obtenido reconocimientos como éstos, que me dignifican y me honran, pero nunca lo pensé y nunca lo ambicioné.

Creo que mi gran ambición estuvo y está centrada en el trabajo literario. Yo siempre digo que cada novela que he escrito es la mejor novela que yo he sido capaz de escribir

en el momento en que la escribí. Y si no es mejor, ha sido por falta de talento, pero no por falta de esfuerzo. Todo mi empeño está en que esa sea la mejor novela que yo he sido capaz de escribir en cada momento que la he escrito. Y bueno, el resultado del trabajo y la disciplina creo que también se retribuye.

HA.- Leonardo, tú decías que la universidad es el último refugio de la inteligencia. ¿Qué significa la libertad para Leonardo Padura?

LP.- La libertad es esa posibilidad de escoger. Todos tenemos libertad de pensar, pero entre pensar y actuar hay un trecho. Entre pensar y hablar o escribir, hay otro trecho. Y yo creo que la menor distancia entre lo que pensamos y de la manera en que actuamos o nos expresamos es la libertad. Es la menor distancia. Siempre digo que hay límites para la libertad y esos límites son límites éticos. Mi libertad termina donde comienza la tuya, porque yo no puedo agredir, con mi libertad, la tuya. Y no puedo, incluso utilizar, creo yo, éticamente la capacidad que tengo de la palabra para transmitir mensajes xenófobos, racistas, homofóbicos.

Me parece que no es apropiado. Entonces, ¡mira!, yo creo que cada cual tiene el derecho a pensar, a expresarse y a actuar dentro de ciertos límites. Recuerden algo importante: si solamente en el mundo acatáramos los 10 mandamientos que Dios le dio a Moisés (que como saben, según Monty Python eran 20, pero como se le cae una piedra, entonces solo quedaron 10, afortunadamente) (*risas*). Entonces, si la gente respetara esos 10 mandamientos, yo creo que el mundo viviría en una armonía mucho mayor. Entonces, pienso que ese respeto al derecho ajeno también es la libertad.

AS.- Leonardo, sin duda hoy eres una de las grandes figuras literarias, no solamente de tu país, del continente, sino del

ámbito de la lengua española. ¿En qué momento crees tú que das ese brinco? ¿Qué decisión dentro de la conformación de tu obra, en qué libro, das ese salto que te vuelve un escritor totalmente internacional?

LP.- Mira, me lo creo porque tú lo dices, y confío en lo que tú dices (*risas*). No, no me lo creo, ¡yo no me lo creo! Yo sigo siendo la misma persona de siempre, y trato de seguir siendo esa misma persona porque si pensara de otra manera, o me comportara de otro modo, me estaría traicionando a mí mismo y dejaría de escribir. Esa ambición de la que hablaba antes, esa disciplina de trabajo, esa necesidad de expresar libremente lo que pienso, únicamente se hace desde la honestidad. No se puede hacer desde otra perspectiva. Y no me creo tales cosas. Las acepto, las disfruto, las tengo, son mis bienes espirituales, mis posesiones. Pero nada más. Ahora, de señalar un punto de inflexión en el que se marcó una cierta diferencia en mi trayectoria, tal vez sería la publicación de *El Hombre que amaba a los perros*, que yo no creo que sea mi mejor novela. Porque yo pienso que mi mejor libro es *La novela de mi vida*, por algo que siempre tengo que aclarar: es la novela en la que más cerca -según yo-, me he quedado de lo que quería decir. Y la gente piensa, “bueno, por la censura”. No, no, esto no tiene que ver con censura. Esto tiene que ver con capacidad artística, capacidad creativa, capacidad expresiva. Yo creo que es donde expresé mejor y más cerca me quedé de lo que quería decir. Pero *El Hombre que amaba a los perros* ha tenido un recorrido internacional mucho mayor, tal vez porque habla de un tema que es, sin duda, más universal. También porque es mucho más lacerante. Porque todavía hoy demasiadas personas que estamos pensando que es necesario que exista una utopía. El mundo ha perdido las utopías.

Al contrario, estamos viviendo las distopías. Y entonces yo pienso, que tal vez ese reflejo que hay en esa novela, de ese proceso, de cómo se pervirtió una gran utopía... ¡utopía

que viene soñándola el hombre desde los orígenes!, desde los mismos griegos, los de las primeras ciudades utópicas, de los primeros territorios utópicos. Esto, de lo que ellos hablaron tanto, y después Tomás Moro... En fin, la utopía. Y todas estas cosas que vinieron con el Renacimiento. Pues tal vez haya sido la clave de lo que ocurrió en esa novela. Novela de la que, por cierto (esto siempre lo digo), pienso que pudo escribirla un autor mexicano, o uno peruano, o argentino, o español, cualquiera hubiera podido escribir esa novela. Sin embargo, hubiera sido una novela diferente, porque a cualquiera de esos escritores le hubiera faltado la experiencia de haber vivido en un país socialista, que es una experiencia intransferible.

El personaje de Iván, que es el personaje de ficción de la novela, el que recibe la historia y la entrega, es el personaje más real de los tres protagonistas. Es más real que Trotsky, es más real que Mercader, a pesar de que Trotsky y Mercader son personajes históricos y reales. ¿Por qué? Porque yo pude haber sido Iván. A Iván yo lo conozco, a los otros los leí, los descubrí, a Iván lo viví y eso le da la mayor realidad personal.

HA. Me haces pensar, ahora que comentas que El hombre que amaba a los perros pudo haber sido escrito por un peruano o por un mexicano, que en poesía tenemos algo parecido: El libro centroamericano de los muertos, del poeta mexicano Balán Rodrigo; pero también está El libro mediterráneo de los muertos, de la española María Ángeles Pérez López, y quedaría de tarea El libro sudamericano de los muertos... Bien, ahora Leonardo, una pregunta acaso de sentido común: si se dice que un poeta es un cazador o domador de emociones, ¿qué es un narrador?

LP:- Bueno, es ese tipo que empezó en una cueva entre neandertales y homo sapiens, cuando se mezclaban y él empeza-

ba a contar cómo dominar el rayo y cómo conocer cuándo iba a caer la lluvia, y la historia de cómo había cazado un mamut. Ahí está el origen de todo. Somos los que narramos y en el mundo cada vez vivimos más rodeados de narrativas. Todo es narrativa; desde la religión hasta el dinero son narrativas. Lo que pasa es que el novelista es el que es capaz de condensar una de esas ideas y convertirla estéticamente en un texto que sea literatura, que sea novela.

AS.- En México, por ejemplo, en el contexto de los escritores, se dice que no se hacen escritores en las universidades, sino que hay más bien otras instancias, como los talleres literarios. Y que aquí algunos fueron famosos, como el de Juan José Arreola o el del Centro Mexicano de Escritores. Aunque también figura otra idea, que se la escucha Lizalde y es algo que se ha repetido mucho, de que los grandes maestros de los escritores son los grandes escritores que ha leído. ¿Tu formación se debe a algún mentor, a algún grupo de escritores, o cuál sería tu caso?

LP.- Yo creo que la literatura fue mi gran maestro, los escritores que leí. Yo entro a la universidad sin ambiciones de escribir. Hay un grupo de colegas, compañeros de estudio que ya escribían algunos poemas, algunos relatos. Como yo tengo un espíritu competitivo que heredé de mis muchos años jugando béisbol, me dije 'pues yo también voy a escribir, porque si escriben ellos, ¿por qué no voy a escribir yo?' Pero mi maestro fundamental fue, sin duda, la literatura.

Es cierto que una carrera universitaria de humanidades te da una cultura general, que es importante tener. El escritor *naif* son fenómenos que pueden existir. Pero el escritor debe tener una base cultural. Y esa base cultural te la otorga una carrera universitaria. Por supuesto que te la organiza, sistematiza, sintetiza y te permite conocer una serie de fenómenos culturales que te sirven después para trabajar. Sin embargo, en mi caso, sin duda, la literatura fue mi gran

Maestro, porque yo pertenezco a una generación muy privilegiada. Una generación que cuando yo estaba en la universidad, los escritores de moda se llamaban Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Juan Rulfo, Alejo Carpentier, Lezama Lima, Fernando del Paso. Ese fue un privilegio que tuvimos porque contra esos fenómenos había que intentar hacer algo. Después vinieron estas reacciones post boom de buscar ser más intimista, de ser diferentes, en fin. Pero aprendimos la gran literatura con ellos.

Mi primera novela, que se llama *Fiebre de caballos*, hubo un momento en que yo tuve que parar de escribirla porque cometí el gravísimo error de empezar a leerme *Palinuro de México*, de Fernando del Paso. Y empecé a escribir como él en esa obra. Y como Fernando del Paso en *Palinuro*, nada más que puede escribir Fernando del Paso. Te podrás imaginar. Porque eran escritores avasallantes. Miren, la primera vez que me encontré con Mario Vargas Llosa fue en un aeropuerto, y me acerqué y le dije ‘maestro, usted no me conoce... yo soy un escritor cubano, Leonardo Padura, pero quiero decirle algo. Cada vez que yo empiezo a escribir una novela, me leo *Conversación en la Catedral*’...Cierto. Esa obra es una clase de literatura de cómo construir una historia, cómo montarla, cómo narrarla, cómo construir unos personajes, cómo manipular al lector, que eso es muy importante. Entonces, esos escritores, sin duda, fueron mi gran escuela de escritura.

HA.- *Eso me hace recordar precisamente el libro que publicó Vargas Llosa: Cartas a un joven novelista, que para mí es el mejor taller de narrativa literaria. Allí está el tiempo cronológico, el tiempo literario, la muñeca rusa y todos los elementos que usan los narradores.*

LP.- Hay otro aprendizaje que tienes que hacer, que son elementales, pero creo que el aprender a escribir ya con un

sentido estético, lo aprendes leyendo a los otros. Siempre digo que la mejor escuela de literatura es la lectura, siempre lo digo.

HA.- Anoche en el discurso de entrega del doctorado Honoris Causa dijiste que vivías en La Habana porque tu familia era tu patria. ¿Qué tendría que remecerle al mundo para que entiendan que su familia es su patria?

LP.- Mira, no me gusta hacer esas generalizaciones porque cada cual encuentra sus pertenencias y sus preferencias de acuerdo a muchísimas condiciones contextuales. Muchísimas maneras de ver la vida de cada uno. En mi caso, yo tengo un fuerte sentido de pertenencia y ese sentido de pertenencia ha decretado la permanencia.

Hace unos días, aquí en México, haciendo una de las presentaciones de promoción de mi libro *Ir a La Habana*, me di cuenta de algo (y esto yo no lo había sacado y no está escrito en el libro). Percibí que desde que yo llegué a esa casa, con tres días de nacido, debajo de la cuna había un perro, ¡y en mi casa siempre ha habido perros!. Todos mis perros están enterrados en el patio de mi casa. Más pertenencia que eso es imposible (*risas*). No enterré a mi padre porque no me dejaron, pero tengo ahí a mi madre.

HA.- Ahí hay una clave de El hombre que amaba a los perros.

LP.- Por supuesto. (*Risas*). Muchas gracias.

Ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el lunes 26 de mayo de 2025.



El humanismo cristiano del siglo XX

Estimada comunidad universitaria, Francesc Torralba Roselló es doctor múltiple en filosofía por la Universidad de Barcelona, en teología por la Facultad de Teología de Cataluña, en pedagogía por la Universidad Ramón Llull, en historia, arqueología y artes cristianas, por el Ateneo Universitario Zampachiano de la Facultad Anthony Gaudí.

Francesc Torralba mira el mundo desde el amor. Sus 122 libros abordan tópicos diversos que son acompañados por casi 2,000 artículos fecundos, propositivos. Es una obra marcada por una profunda reflexión sobre la dignidad humana, explorando todos los ámbitos posibles del pensamiento y de la historia de la filosofía.

Torralba se sumerge en el pensamiento de Soren Kierkegaard, de la época de oro en Dinamarca, a quien dedicó sus primeros estudios y marcó su pensamiento y su espiritualidad. Concibe la filosofía como un servicio a la vida, a disposición de la persona.

Convencido de que la filosofía cura, en su discurso de ingreso a la Real Academia Europea de Doctores, disertó sobre la filosofía como cura del alma y cura del mundo. Por ello dialoga con las corrientes inquietantes que dominan las cátedras universitarias, las tesis doctorales, los juicios paradigmáticos de cambios de época.

Como filósofo vislumbra que “el futuro de las grandes tradiciones espirituales y simbólicas de Occidente dependen del diálogo que sepan articular con los maestros de las sospechas”. Que “No se puede esconder la cabeza bajo el ala, ni convertir la religión en una especie de ejercicio narcisista de equilibrio emocional”. Que “Tampoco es válido evadirse de las críticas o practicar la indiferencia”. Y que “La cultura contemporánea, guste o no, es una cultura construida sobre la sospecha beligerantemente crítica hacia los dogmas, principios y creencias tradicionales.”

Torrallba responde una a una a las cuestiones del marxismo y si el hombre fuese pura materia en movimiento y si la historia fuese una lucha de clases y si la religión fuese el opio del pueblo, responde a los martillazos de Friedrich Nietzsche y si Dios hubiese muerto, si todo volviese una y otra vez y si la misericordia fuese una debilidad, revira a las insolencias de Sigmund Freud y si el hombre fuese una fuente de pulsiones y si la religión fuese solamente represión y si Dios Padre fuese una proyección de la conciencia infantil, cada respuesta de Torralba a los maestros de la sospecha es firme y actualizada en estilo cortado conciso. Son respuestas imprescindibles para entender el mundo de hoy.

Subraya que “nunca ha de perderse de vista la infinita distancia cualitativa que hay entre Dios y el hombre.”

Como teólogo, el doctor Torralba parte de la experiencia de la realidad. Es una teología que no proviene de los muros conventuales ni del clero con sus aderezos, sino de un esposo y padre, profesor, escritor, investigador. Expresa su convicción en la alteridad del Dios otro, el Dios liberador y demandante de justicia de la teología de la esperanza de Jorgen Moltmann.

Torrallba comparte el pensamiento de von Balthasar sobre un ateísmo intradivino, sin olvidar el magister interior de San Agustín, el dulce huésped del alma. También explora el pensamiento latinoamericano de Enrique Dussel, quien

medita la frase de Ernst Bloch, sólo un ateo puede ser un buen cristiano y sólo un cristiano puede ser un buen ateo. Su filosofía y teología resuenan y hacen punto de contacto, sin duda, en la tradición liberal y humanista de nuestra comunidad juchimán. Y evoca la tradición española de la escuela de Salamanca, que marcó el pensamiento novohispano con Bartolomé de las Casas, Francesc Suárez y de Vitoria.

Torralba dialoga intelectualmente entre otros muchos referentes con Moltmann, Lévinas, von Balthasar, Karl Rahner, Dietrich Bonhoeffer, Jacques Meritain, lo que lo llevó a obtener la presea que otorga la Santa Sede a los intelectuales cristianos, el premio Ratzinger y el premio Pantheon de la Fundación Raúl González Salas por su obra *Inteligencia Espiritual*.

El lugar teológico donde se besan la teología y la filosofía para Torralba no son los teologúmenos o dogmas o categorías ontológicas, sino en la dignidad humana. Resalta el carácter polifacético de Jacques Meritain y su humanismo integral, como elementos fundantes en el desarrollo de la filosofía de los derechos humanos, particularmente en el concepto de persona y la capacidad que ésta tiene para elaborar filosofía, derecho, ética y política.

El humanismo cristiano del siglo XX sigue dando qué pensar hoy a los sistemas políticos contemporáneos por su comprensión sobre la democracia, el quehacer político y la sociedad. Al colocar a la familia nuclear y la comunidad como puntos esenciales para desarrollarnos, comunidad y bien común al servicio de la persona. Estas reflexiones nos ofrecen pistas para los fundamentos éticos del humanismo mexicano. Es considerado el filósofo de los momentos complejos de la adversidad.

En palabras de San Ignacio de Loyola, de los tiempos de desolación o de la noche oscura del alma de San Juan de la Cruz, nos invita al discernimiento ético para asumir la responsabilidad de nuestras vidas y comprometernos con un

proyecto de vida en el que la fe y la razón son como dos alas para comprender el mundo.

Francesc Torralba ofrece la inteligencia espiritual como su legado para activar el pensamiento y abrir fuentes de investigación para aplicarla en el ámbito educativo desde la infancia. Su propuesta se abre paso entre las inteligencias múltiples de Howard Gardner, la inteligencia sentiente de Javier Zubiri y Dajar Zohar e Ian Marshall que fundamentan la actividad espiritual en las ondas cerebrales desde las universidades de Oxford y Londres. Esta original obra convoca a superar dualismos, a encontrar puentes entre la dimensión espiritual y la racional de la existencia humana. Allí está el sentido de la vida.

La inteligencia espiritual no equivale a religión. Es una vía de acceso que transitamos todos en esta vida.

Nuestro galardonado sostiene que existe en el ser humano una vida interior, más allá de la exterior, que debe ser cultivada y nos relaciona con la búsqueda de sentido, la felicidad, la conciencia ecológica y la pacificación del mundo.

Nos hace hábiles para identificar las dimensiones trascendentales de la realidad, de los otros, del mundo físico y finalmente habilita para una expansión del estado de conciencia como la conciencia cósmica, la contemplación profunda, la oración y la meditación.

Es muy activo en sus redes sociales donde fácilmente encontramos entrevistas y artículos en su cuenta de Ex, Facebook y YouTube. Algunos de sus últimos artículos son: Enfrentarse a las adicciones, Huérfanos digitales, La educación del criterio, Belleza y bien, Humildad, El valor de tener valor, La Ética algorítmica, etc.

Escuchamos que es miembro del Dicasterio de Cultura y Educación de la Santa Sede, nombrado por el Papa Francisco y del Club de Roma, la Oficina de Barcelona, y de la Sociedad Histórica Edith Stein de Viena, Austria, entre muchas otras participaciones.

Torralba nos ha regalado reflexiones de especial relevancia ante las adversidades de la vida. Cuando el mundo se nos desmorona, cuando todo se viene abajo, cuando por más que nos esforcemos y obtenemos solamente pérdidas, nos impele a reaccionar. No todo está perdido.

El 14 de agosto de 2023, mientras vacacionaban escalando la montaña con su hijo Oriol, de 26 años, se accidentaron y Oriol cayó al vacío. Una hora después, Francés fue rescatado por los bomberos, que también recuperaron el cuerpo sin vida de Oriol. Fruto de esa experiencia de profundo dolor, escribió el libro *No hay palabras. Asumir la muerte de un hijo*. Escrito en su natal catalán, es un testimonio que simbra los corazones e invita a reflexionar cómo la fe y la filosofía pueden ser fuentes de consuelo en momentos de dolor.

Le acompaña esta noche Carmen, su esposa, mujer extraordinaria, también teóloga y licenciada en Historia Medieval, apasionada de los idiomas.

Doctor Francesc Torralba y Carmen, hacemos nuestro con profundo respeto su dolor y su esperanza.

Permítanme concluir citando *Temor y Temblor*.

La vida entera es una prueba.

El héroe trágico, en el momento culminante del dolor, ante la pregunta de Isaac sobre dónde está el cordero para el sacrificio, responde a su hijo muy amado, Dios proveerá.

Es humano lamentarse, es humano afligirse con quien se aflige, pero es más grande creer y más exaltante contemplar a quien cree.

Abraham sabía que el Todopoderoso lo estaba sometiendo a prueba.

Sabía que aquel sacrificio era el más difícil que se le podía pedir, pero también sabía que no hay sacrificio demasiado duro cuando es Dios el que lo exige.



Sentido, Vacío y Donación
FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ



Discurso pronunciado durante la ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el lunes 26 de mayo de 2025.



Sentido, Vacío y Donación

FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ

“El ser humano, en tanto que ser dotado de conciencia, toma distancia de su quehacer, de su praxis habitual y se interroga por el propósito, por el telos, en palabras de Aristóteles, por la causa finalis de su periplo vital”.

Quiero empezar mi discurso con unas palabras de gratitud que nacen de mi más profundo sentir, de lo más íntimo de mi ser. La cultura de la gratitud, tan necesaria en la vida social, emerge de la conciencia de un don recibido, de una dádiva que no estaba en ningún cálculo de expectativas. Así es como recibo este Doctorado Honoris Causa, como un don no esperado, como un regalo intangible que agradezco de corazón, que me conmueve y, a su vez, me estimula a proseguir con mi tarea docente e investigadora.

Agradezco a las autoridades académicas de esta universidad este reconocimiento. También quiero agradecer a mi esposa, aquí presente, su apoyo incondicional durante toda mi vida profesional. Sin su entregado y generoso compromiso no habría podido realizar las múltiples tareas vinculadas a mi vocación filosófica.

La ocasión exige un discurso en primera persona del singular. Con frecuencia, los académicos ocultamos nuestro

rostro detrás de la erudición o del pensamiento abstracto. Es arriesgado expresarse en primera persona del singular. Uno se hace vulnerable a la crítica. Por eso, nos escabullimos presentando la filosofía de una gran figura de la historia de las ideas y nos limitamos a elaborar notas a pie de página o apostillas críticas.

Sin embargo, creo que es el momento oportuno, el *kairós*, como dirían los clásicos griegos, de poder articular, aunque sea de un modo necesariamente breve, una alocución sobre la que considero que es, humildemente, la esencia de la actividad filosófica.

No cabe duda de que la filosofía, como afirma Ludwig Wittgenstein en el *Tractatus* (1921), es una actividad, más que una doctrina, un ejercicio infinito más que un *corpus* acabado, un proceso que altera todo el ser de la persona, no solo su dimensión cognitiva, sino también emocional, social, física y espiritual.

Pensar constituye la actividad principal del filósofo, pero particularmente lo que Martin Heidegger denomina el *pensar meditativo*, que se desarrolla en espiral, pues da vueltas en torno a un objeto de reflexión, pero sin sucumbir a la figura del círculo cerrado, sino que penetra, gradualmente, en niveles más exigentes de profundidad que requieren de audacia y lucidez mental para poder explorar y entrever lo que se oculta más allá de la superficie. Es una apuesta por la profundidad, un combate contra la cultura de la inmediatez, de la banalidad y de la superficialidad.

Este ejercicio, siempre *in fieri*, exige un diálogo diacrónico y sincrónico, abierto a la intemperie, articulado en gerundio, una conversación con las grandes figuras del pensamiento que nos han precedido y, simultáneamente, con los y las pensadoras presentes que entregan su vida a iluminar complejas cuestiones, a explorar las preguntas radicales de la condición humana, *die Grundfragen*, en palabras de Martin Heidegger.

En tanto que filósofo, uno se enfrenta a cuestiones de una magnitud y profundidad que le trascienden como ser humano, lidia con preguntas fundamentales que arrastramos desde los presocráticos tratando de ofrecer alguna respuesta que fuere razonable y verosímil. Este andar *a tientas* de la razón es lo que Immanuel Kant denomina *Herumtappen*. Tratamos de salir de la caverna platónica a través de un diálogo transh.

Por ello, la actividad filosófica exige como *conditio sine qua non*, la virtud de la humildad, la *mater virtutum*, según san Agustín, pero a su vez, la magnanimidad, es decir, la capacidad de enfrentarse a lo grande (*magnus*), aun reconociendo las fronteras de la razón (*die Grenze der Vernunft*), usando la bella expresión de Immanuel Kant.

Existen múltiples definiciones de la actividad filosófica. De hecho, cada filósofo elabora su propia concepción y trata de hilarla conceptualmente. La pluralidad y la creatividad son inherentes a este ejercicio. Si tuviera que acotar el fin de tal actividad diría que la filosofía no es otra cosa que la indagación sobre el sentido, *la quête su sens*, en palabras de Albert Camus. Hacer filosofía es responder a la pregunta de por qué no debo suicidarme o, formulado en positivo, significa explorar una *raison d'être*.

No se trata de una actividad baladí, de un discurso periférico o simplemente ornamental. La búsqueda del sentido es una cuestión de vida o muerte. Kierkegaard contra Descartes. No es la duda el germen de la filosofía, sino la desesperación.

Se trata de intentar responder a la *magna quaestio*: ¿Qué sentido tiene la existencia? O, dicho de otro modo: ¿Para qué estamos en el mundo? ¿Cuál es el propósito del empeño de existir? ¿Tiene o no tiene la vida humana algún sentido? ¿Qué hemos venido a hacer en el Gran Teatro del Mundo?

Esta cuestión cruza como una flecha toda la historia de las ideas, desde el ágora ateniense hasta los escenarios digitales

de la postmodernidad. La pregunta une a los filósofos, pero no las respuestas, pues existe una multiplicidad de abordajes a tal cuestión. Desde la visión trascendente de la existencia, donde el sentido se halla más allá del espacio y tiempo, en una esfera de la que no tenemos experiencia sensorial, hasta la filosofía del absurdo de Albert Camus, donde la existencia carece de sentido alguno, pero es fundamental intentar forjarlo una y otra vez, como Sísifo, para salvarse del nihilismo.

El ser humano, en tanto que ser dotado de conciencia, toma distancia de su quehacer, de su *praxis* habitual y se interroga por el propósito, por el *telos*, en palabras de Aristóteles, por la *causa finalis* de su periplo vital.

Esta toma de conciencia le hace particularmente distinto del primate, pero también de cualquier sistema de Inteligencia Artificial por sofisticado que sea tecnológicamente. El ser humano, cuando aborda tamaña cuestión, se involucra emocionalmente en ella, experimenta, en su seno, el vértigo filosófico y la posibilidad de sucumbir a lo que Viktor Frankl denomina el *vacío existencial*.

No se trata, ahora, de exponer la multiplicidad de narrativas de sentido que, a lo largo de la tradición filosófica occidental y oriental, se han planteado como ensayos de respuesta. Una taxonomía de esta envergadura trasciende, con mucho, los límites de esta breve alocución. Tampoco parece adecuado explorar el órgano del sentido, es decir, cómo percibimos este sentido o sinsentido de la vida y qué derivadas tiene en el modo de existir. En cualquier caso, se trata de una cuestión que quema espiritualmente, que transforma al sujeto, que activa su angustia existencial y no de un objeto neutro de reflexión, ajeno a la circunstancia personal, en palabras de José Ortega y Gasset.

La pregunta por el sentido emerge en determinadas circunstancias. Está ahí latente, al acecho, como un animal frente a su presa, pero se activa cuando irrumpe una situación que rompe la rutina, que desordena el curso habitual de los hechos.

La irrupción de lo que Karl Jaspers denomina la situación-límite (*die Grenzsituation*) cataliza la indagación por el sentido de la existencia. El diagnóstico de una enfermedad grave, una catástrofe natural, la muerte de un ser querido, el fracaso de un proyecto, la traición de un ser amado, el sufrimiento en cualquiera de sus múltiples formas, constituyen situaciones no buscadas que activan la pregunta por el sentido de la existencia.

Cuando irrumpe una situación de este calado todo se tambalea, los cimientos de la vida son puestos entre paréntesis y uno grita desde sus adentros, como Job, qué sentido tiene la existencia. ¿Se trata de un camino hacia la vida eterna o de una pasión inútil, como le gusta decir a Jean-Paul Sartre? ¿Tiene algún sentido la misma pregunta o cómo sugieren los filósofos neopositivistas es una pregunta sin sentido (*sinnlose Frage*)?

Escribe Ludwig Wittgenstein que interrogarse por el sentido de la vida es orar. No lo sé. Quizás sí. En cualquier caso, constituye un ejercicio genuinamente humano, de naturaleza espiritual, en sí mismo problemático, crucial, que entraña una profunda congoja existencial, en palabras de don Miguel de Unamuno.

La pregunta por el sentido no es menor, pues está en juego la plenitud de la persona. Cuando uno vive su vida con sentido experimenta que merece la pena vivirla, que es significativa. Siente que tiene valor en sí misma, la aprecia y agradece el don de existir. Cuando, en cambio, uno la vive sin sentido, se arrastra por las calles y bulevares, como el protagonista de *La náusea* de Jean-Paul Sartre.

Cuando existe un sentido, un relato, existe una motivación intrínseca, algo para lo que luchar o alguien para quien darlo todo y dejarse la piel. Ello mueve al ser humano, le convierte en un propulsor, en una fuente de dinamismo. El sentido activa todo su ser, mientras que el vacío le petrifica y le hunde en el nihilismo. La experiencia del vacío o del

horror vacui, como decían los clásicos latinos, es insoportable para el sujeto, con lo cual, se ve impelido a busca formas de evasión personal, mecanismos de escape con tal evitar la experiencia de la nada.

Ensayo una respuesta que tiene un carácter provisional, pero que he desarrollado a lo largo de algunas de mis obras filosóficas. Constituye mi visión. Carece de cualquier pretensión de universalidad. Esta respuesta no nace de lo leído en alguna parte, tampoco de mi labor estrictamente intelectual. Nace de la experiencia vital, de las lecciones que extraemos del mero hecho de existir, de lo que aprendemos fuera de las aulas y de las bibliotecas.

La principal fuente de sentido de la existencia es, a mi juicio, la práctica de la donación. Cuando uno da lo que es a los demás y dándolo percibe que mejora la calidad de existencia de sus allegados, que palía el sufrimiento de quienes le rodean o neutraliza la tentación de desaparecer del mundo, siente, dentro de su ser, que su vida posee sentido, que tiene valor, que es significativa o, dicho de otro modo, que no es estéril.

El don de sí constituye, a mi juicio, el sentido de la existencia y a su vez el camino de plenitud del ser humano. Sin embargo, solo puede dar quien posee algo para dar, quien es consciente de su don y lo labra para los demás. La donación requiere de la autognosis y del movimiento extático, es decir, de la salida de sí mismo para verter lo que uno es más allá de los límites del ego. La fecundidad de la existencia personal radica en dar lo que uno es, pues dándolo se construye como ser humano y siente, en sus adentros, que su existencia no es baladí.

Solo el acto de dar nos colma. En la medida en que uno se vacía de sí mismo, no se pierde, ni se deshace ontológicamente, sino todo lo contrario, crece su ser personal. Constituye una paradoja, no cabe duda, pero existe más alegría en el dar que en el recibir. Como vio con lucidez intelectual el

filósofo francés, Gabriel Marcel, la lógica del ser es distinta de la lógica del tener. Cuando uno da lo que tiene, deja de tenerlo, pierde un bien tangible, se empobrece. Sin embargo, cuando uno da lo que es, lo que sabe o lo que conoce, no pierde lo que es, sino todo lo contrario, su ser crece en hondura y altura y su conocimiento también.

Uno se siente colmado cuando ha dado lo mejor de sí y experimenta con asombro que eso que ha dado tiene un poder transformador para los demás, genera bien, edifica paz, consuela al desesperado, construye un hábitat, aporta valor al conjunto.

Después del don de sí, puede haber o no gratitud. Este movimiento depende del receptor del don, pero el mero dar, cuando transforma cualitativamente la situación de hecho, es ya una fuente de sentido. Si, además, se produce el reconocimiento de los demás, la práctica de la gratitud, uno experimenta cómo crece la estima de sí y eso, naturalmente activa, de nuevo, la voluntad de darse.

El don es fecundo cuando se articula con los cuatro trascendentales medievales: el bien (*bonum*), la unidad (*unum*), la belleza (*pulchrum*) y la verdad (*verum*).

Uno percibe que su vida posee sentido cuando a través de su donación genera una corriente de bien a su alrededor (*bonum*). Uno siente que su vida es significativa cuando con su creatividad, ingenio e imaginación genera belleza artística y activa en su entorno el sentimiento de lo sublime (*pulchrum*). Uno experimenta que su existencia no es estéril cuando la práctica del don genera, en su entorno, procesos de reconciliación y de pacificación (*unum*). Uno constata que su empeño vital no es absurdo cuando a través de su indagación atisba alguna verdad y esa verdad, aunque a veces sea dolorosa, es reveladora para sí mismo y para los demás (*verum*).

El don de sí solo es posible si uno combate la tendencia al hermetismo, a la cerrazón egológica. El principal enemigo

de tal contienda se llama *narcisismo* que, como dice Antonio Machado, es un viejo vicio. El narcisista queda tan prendado de sí, está tan ocupado por su ser que es incapaz de salir de sí mismo y de darse. El resultado final de su existencia es la desesperación, el sentimiento de esterilidad, pues solo deja rastro en los demás, quien practica el don de sí, quien ofrece a los demás lo que es, lo que sabe, lo que ama. El rastro del narcisista es la nada y la conciencia de esta nada le conduce a la desesperación.

Concluyo.

Existe el don gratuito y el don calculado.

El primero nace del corazón y no espera nada para sí. Es el fruto del amor en el sentido más genuino del término. Es desposesión, abandono de sí, desinterés, olvido del ego. El segundo, está a merced de la reciprocidad y atiende una justicia conmutativa. Es el *do ut des*, como decía san Agustín. Siempre calcula, ajusta y busca la simetría entre el dar y el recibir.

El don gratuito es fruto de una lógica que trasciende el pensar instrumental. Nos asombra cuando se hace efectiva, nos eleva al plano de la bondad infinita.

Esta bondad es la más alta expresión de la condición humana. Pertenece al reino de la luz.



Francesc Torralba, testimonio
de pasión y sabiduría
GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO



Discurso pronunciado durante la ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el lunes 26 de mayo de 2025.



Francesc Torralba, testimonio
de pasión y sabiduría
GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO

La Universidad Juárez Autónoma de Tabasco entrega el Grado Doctor Honoris Causa a quienes han destacado en los principales campos de la actividad humana, ya sean académicos, científicos o artistas, y que además realizan una labor excepcional y de gran valor para el mejoramiento de las condiciones de vida o del bienestar de la humanidad.

Es así, que, a lo largo de nuestros 66 años de vida como Universidad, hemos entregado esta distinción a 23 figuras de la vida política del país y del mundo; destacados en la literatura; así como ex gobernadores de Tabasco; a juristas y defensores de los derechos humanos; a profesionales de la medicina, científicos y académicos.

Esta noche, distinguimos aun pensador, filósofo, teólogo, escritor, formador de conciencias, pero sobre todo a un excepcional ser humano. Un pensador y escritor prolífico que ha dedicado su vida a explorar las grandes preguntas de la existencia humana. Su obra es un testimonio de su pasión por la sabiduría y su deseo de compartirla con otros.

Al otorgarle esta distinción, la más alta que confiere nuestra universidad, reconocemos no solo la vasta obra intelectual del Dr. Francesc Torralba Roselló, sino también

su profundo compromiso ético y existencial que impregna cada uno de sus escritos, conferencias y acciones.

En un mundo donde la especialización a menudo nos aísla en parcelas de conocimiento, la obra del doctor Torralba se erige como un faro de diálogo interdisciplinar. Su pensamiento le permite abordar las grandes preguntas de nuestro tiempo con una visión holística y una profundidad admirable.

Como él mismo ha afirmado: “*Educar es enseñar a vivir y no solo a saber.*” Esta frase resume con precisión su vocación: la de guiar a los seres humanos hacia una vida plena, reflexiva y orientada al bien común.

El doctor Torralba se preocupa profundamente por la crisis de valores y la desorientación ética que nos dice caracterizan a gran parte de la sociedad actual, pero no se limita solo a diagnosticar el problema, sino que propone caminos para recuperar la ética, no solo como un conjunto de reglas o prohibiciones, sino como una forma de vida proactiva que nos lleve a buscarla tanto en lo individual como en lo colectivo, criticando el conformarse con una ética de mínimos (hacer solo aquello que nos libra de problemas).

Y aboga por una ética de máximos, que consiste en hacer aquello que nos impulse a la excelencia humana, a la búsqueda de la virtud y el compromiso con la justicia y la dignidad.

Nos habla de la recuperación de la integridad, de la necesidad de activar la vida interior, así como la de aplicar la ética a los nuevos desafíos sociales, y ahí se adentra en la ética de la inteligencia artificial, la bioética, la ética empresarial, poniendo siempre a la dignidad humana como centro y límite de nuestras acciones.

Francesc Torralba nació en Barcelona en los años 60 del siglo pasado. Una década convulsa, de grandes cambios sociales y culturales, factor que, sin duda, influyeron para que, desde muy joven, mostrara una inquietud profunda por las

grandes preguntas de la existencia y lo llevaron a estudiar filosofía, teología y pedagogía.

Disciplinas académicas en las que ha incursionado con éxito, escribiendo más de 100 obras, traducidas a múltiples idiomas. Sin embargo, más allá de los números, es su capacidad para conectar la filosofía con la vida cotidiana lo que lo convierte en una voz imprescindible de nuestro tiempo.

En una sociedad cada vez más compleja y fragmentada, su pensamiento nos invita a reflexionar sobre la naturaleza de la realidad y nuestro lugar en ella. Su obra nos recuerda que la verdad no es algo que se pueda poseer de manera absoluta, sino que es un proceso de búsqueda y descubrimiento continuo.

El doctor Torralba no se limita a la contemplación abstracta; su pensamiento se arraiga en la realidad concreta de nuestro tiempo, abordando los desafíos morales con una lucidez que conmueve y que invita a la acción. Nos recuerda la importancia de la vulnerabilidad como rasgo definitorio de nuestra humanidad y hace énfasis en la necesidad imperante del cuidado como fundamento de una convivencia justa y compasiva.

Un tema central en su pensamiento es la ética del cuidado, entendida no solo en el ámbito existencial sino como una actitud fundamental para el desarrollo humano y social, y nos dice “el cuidado no es una acción más, es una disposición del ser, nace de la compasión, de la capacidad de conmoverse ante la fragilidad del otro, sin cuidado la sociedad se deshumaniza perdiendo su anclaje más profundo en la solidaridad”.

En un mundo marcado por la fragmentación, la prisa y el ruido, el pensamiento de Torralba es un oasis de aguas frescas que nos invita a la pausa, a la interioridad y al discernimiento. “*No hay libertad sin conciencia, ni conciencia sin silencio*”, nos recuerda en uno de sus ensayos.

Este Doctorado Honoris Causa reconoce también su capacidad de tender puentes entre mundos a menudo distanciados:

entre la fe y la razón, entre la ciencia y la espiritualidad, entre la tradición filosófica occidental y los desafíos contemporáneos. El pensamiento del doctor Torralba no es evasivo, sino encarnado: se preocupa por el sufrimiento humano, por la injusticia, por el sentido del trabajo, por la necesidad de una educación integral.

Un aspecto fundamental del pensamiento filosófico del Doctor Torralba es su énfasis en la ética y la dignidad humana. Nos invita a considerar la importancia de la compasión, la empatía y la solidaridad en nuestras relaciones con los demás. Su obra nos recuerda que la dignidad humana es un valor fundamental que debe ser respetado y protegido en todas las circunstancias.

Su voz, serena pero firme, nos interpela sobre el sentido de la vida, sobre la búsqueda de la trascendencia en un mundo cada vez más secularizado y sobre todo de la urgencia de construir una ética que responda a los avances de la ciencia y la tecnología sin perder de vista la dignidad intrínseca de cada ser humano.

Esta visión resuena profundamente con los valores que defendemos en nuestra universidad: la centralidad de la persona, la justicia social, el respeto por la diversidad, la búsqueda de la verdad.

No es casual que, en tiempos de incertidumbre ética y crisis globales, su obra cobre una nueva actualidad.

Libros como *El arte de saber estar solo*, *La interioridad habitada*, *El sentido de la vida* o *Cuidar el alma del mundo*, son leídos hoy por miles de personas que buscan orientación, claridad y consuelo. En ellos, el lector encuentra no recetas fáciles, sino invitaciones al pensamiento crítico, al diálogo con uno mismo y con los demás.

La Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, fiel a su vocación pública y humanista, desea con este acto subrayar la importancia del pensamiento reflexivo en la formación de nuestras juventudes. La figura del Dr. Torralba inspirará

a nuestros docentes y estudiantes a no contentarse con lo superficial, a ir más allá de la técnica, a recuperar el arte de preguntar, de asombrarse, de contemplar.

Como usted ha dicho, doctor Torralba: *“El conocimiento no nos hace más humanos si no va acompañado de sabiduría.”* Esta advertencia, tan necesaria en la era digital, nos invita a no olvidar que la universidad no es solo un lugar de producción de datos, sino un espacio para el cultivo del espíritu, de la ética, de la ciudadanía.

Nos honra su presencia en esta casa de estudios del trópico mexicano, donde día a día se lucha por el conocimiento, la equidad y el servicio a la sociedad.

Hoy, al conferirle este Doctorado Honoris Causa, le hacemos parte de nuestra comunidad Juchimán. A partir de este momento, la UJAT también es su casa. Aquí encontrará a jóvenes deseosos de aprender, a maestros comprometidos, a investigadores empeñados en aportar al desarrollo humano y científico de nuestra región.

Queremos que esta relación no sea solo un reconocimiento aislado, sino el inicio de una colaboración viva, fecunda, permanente. Que nuestras aulas, bibliotecas y seminarios puedan seguir contando con su pensamiento y su guía.

Que nuestros estudiantes puedan leer sus textos, escucharlo, cuestionarlo y aprender de usted.

Permítame ir cerrando con una cita suya, que sintetiza su propuesta intelectual y espiritual: *“El verdadero progreso no consiste en acumular poder, dinero o conocimientos, sino en aprender a vivir con profundidad, a amar con autenticidad y a morir con serenidad.”*

En tiempos tan necesitados de esperanza, usted nos recuerda lo esencial: vivir bien no es vivir mucho, sino vivir con sentido.

Uno de los ejes centrales de su reflexión es precisamente el de la dignidad humana. En sus palabras: *“Cada ser humano es un misterio irreductible. No puede reducirse a una función, a una estadística, a una utilidad.”*

Dr. Francesc Torralba Roselló, gracias por aceptar este reconocimiento.

Por haber viajado y salido de su querida Barcelona el día sábado a las 10 de la mañana, estar aquí volando todos estos días, a las 10 de la noche del sábado, tener una intensa jornada el domingo en la que disfrutó de la riqueza cultural de Tabasco, ayer.

Pero además, después de haber viajado y volado tanto tiempo, se levantó a las 5 de la mañana a correr.

Para aquellos que dicen que Tabasco es peligroso, Francesc Torralba estaba corriendo a las 5 de la mañana ayer y hoy, allá en el country. Sí

Hoy decidimos recortar dos, tres cositas en su agenda para que pudiera descansar. Nosotros le teníamos una agenda de explotación total. Pero pudo compartir momentos muy agradables.

Mañana, a las 5 y media de la mañana, parte del aeropuerto para regresar a su querida Barcelona.

¿Por qué digo todo ésto? Porque vean todo lo que tiene que hacer por venir a Tabasco, que no conocía, a una universidad que no conocía, pero que hoy es también ya su Alma Mater.

Y regresar.

-¿Y saben por qué regresa?

-Y viaja dos días, y está dos días porque es maestro y tiene grupos de filosofía y está en su última semana de clases y no podía perder más de dos días de clases. Ese ejemplo es el que tenemos que tomar.



Francesc Torralba Roselló,
ejemplo de ideas transformadoras

JAVIER MAY RODRÍGUEZ

Gobernador Constitucional del Estado de Tabasco



Discurso pronunciado durante la ceremonia de otorgamiento del grado de Doctor Honoris Causa, que tuvo lugar en el Teatro Universitario, el lunes 26 de mayo de 2025.



Francesc Torralba Roselló,
ejemplo de ideas transformadoras

JAVIER MAY RODRÍGUEZ

Gobernador Constitucional del Estado de Tabasco

Es un honor para mí participar en esta ceremonia en la que nuestra máxima casa de estudios reconoce su trayectoria con la entrega del doctorado Honoris Causa.

Se trata de un reconocimiento muy valioso en estos tiempos en que el pensamiento crítico, el compromiso ético y la defensa de la dignidad humana son tan necesarios para nuestras sociedades.

Y justamente el doctor Torralba destaca la profundidad de su pensamiento, pero también su firme compromiso con las causas sociales.

Y más aún, se destaca por ser un defensor incansable de la dignidad del ser humano.

Por eso nos llena de orgullo que la UJAT, que es una universidad pública con vocación transformadora, otorga esta distinción a un hombre que piensa desde y para los demás.

Para el doctor Torralba, el sentido de la vida no se encuentra en el gozo individual, sino en el servicio al otro.

Eso resume lo que nosotros entendemos como política desde abajo, como vocación pública.

Nosotros celebramos la unión entre el pensamiento crítico y el compromiso social.

Y nos da mucho gusto estar aquí porque nosotros siempre hemos dicho que el conocimiento tiene que servir al pueblo.

El caso del doctor Torralba es un claro ejemplo de que esto es posible.

Agradezco a la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco por este acto que nos recuerda que la universidad pública tiene una gran misión social. Formar seres humanos íntegros, comprometidos con su tiempo y con la humanidad.

Al doctor Torralba le expreso, en nombre del pueblo de Tabasco, nuestro más sincero reconocimiento.

Su trayectoria es ejemplo de entrega de ideas transformadoras tan necesarias en este mundo amenazado por las desigualdades.

Esta distinción sea semilla de esperanza y de diálogo, en la búsqueda de un mundo más justo, le agradezco. Felicidades, doctor.

Y para finalizar la ceremonia, les agradeceré ponerse de pie.

Siendo las 19 horas del día 26 de mayo del 2025, tengo el honor de declarar clausurada la sesión solemne del Honorable Consejo Universitario de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco en la que se ha entregado el grado de Doctor Honoris Causa al doctor Francesc Torralba Roselló.



Diálogo con Francesc Torralba Roselló

La filosofía, en la medida que es un ejercicio de autocrítica, de reflexión y de meditación, puede ayudar a madurar la fe, a pensar sus límites y, sobre todo, su verosimilitud

GUILLERMO NARVÁEZ OSORIO
JESÚS ANTONIO SIBILLA OROPESA
ROBERTO VALENCIA AGUIRRE



Diálogo realizado el domingo 25 de mayo de 2025, en el recinto de la Colección Especial Bibliográfica “Francisco J. Santamaría”, ubicado en el histórico Instituto Juárez, de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Se grabó y se transmitió por TV UJAT como un programa especial.



Guillermo Narváez Osorio (GNO).- Nos da mucho gusto poder dialogar esta noche con un español universal, catalán, doctor en psicología, doctor en pedagogía, doctor en teología, doctor en literatura y arte medieval, autor de un sinnúmero de libros y, por supuesto, maestro universitario. Me refiero a Francesc Torralba Rosello, quien precisamente el día de mañana será investido como nuevo miembro de esta familia Juchimán con el doctorado honoris causa número 24 que otorga nuestra Casa de estudios. Agradecer la participación del Dr. Jesús Antonio Sibilla Oropesa y del Maestro Roberto Valencia Aguirre, quienes nos acompañarán en esta histórica conversación.

Roberto Valencia Aguirre (RVA). -La primera pregunta que me gustaría presentarle Dr. Torralba deriva de una experiencia que tuve en las aulas con un estudiante hace unos días; él me dijo: '¡oiga profesor, a mí no me gusta la filosofía!'... Qué difícil ¿verdad? es que un estudiante ponga de inmediato como un obstáculo a una de las ciencias que es la madre de muchas otras ciencias y del conocimiento.... La pregunta que ahora me hago es, ¿cómo empezó a sentir el gusto por la filosofía el doctor Torralba?

Francesc Torralba Rosello (FTR).- Yo creo que el gusto dependerá mucho de los profesores. Así fue en mi caso, pues yo

de hecho estudiaba un bachillerato científico (física, matemáticas, química), pero tuve un profesor extraordinario con la capacidad de despertar esta vocación en mí, y así ya luego entré directo en filosofía, y me seguí después con teología. Por ello creo que depende realmente del profesor, de esos que tienen la capacidad de activar esta vocación, que es la vocación de pensar, y si esto nos seduce, entonces seguimos la estela. Y esto también nos lleva a una autocrítica. Quienes enseñamos filosofía tendríamos que tener la capacidad de articularla en un lenguaje que pueda captar la atención. Porque a veces nos encerramos en un mundo tan críptico, tan hermético, que el estudiante queda como en otra galaxia y, por lo tanto, deja de interesarle la filosofía. Sin embargo, si somos capaces de poner sobre la mesa los temas clave: qué es la libertad, qué es la amistad, qué podemos esperar después de la muerte, qué significa ser feliz. Entonces **sí** se activa su mirada, se activa su radar y le interesa la filosofía, por lo tanto, tenemos que hacer autocrítica y enseñarla de un modo mucho más activo y didáctico a nuestros alumnos.

*RVA.- Fíjese usted, ahora que mencionaba esta parte de activar, creo que entramos de lleno a una de sus grandes obras. Porque de los 100 libros que hemos tenido la oportunidad de conocer, hay uno particularmente que usted ha mencionado que es como el legado que le gustaría dejar en las instituciones de educación. Hablamos del libro **Inteligencia espiritual**, una inteligencia que usted refiere tiene sus beneficios, pero también sus momentos difíciles y sus obstáculos. Y uno de estos obstáculos que destaca en el libro es precisamente la diferencia entre el laicismo y la laicidad, puesto que el laicismo muchas veces puede ser una especie de obstáculo para la inteligencia espiritual. ¿Nos puede ampliar un poco más esta idea?*

FTR.- Sí, porque sucede que a veces el laicismo margina toda la dimensión espiritual de la persona, considerándola

que es irrelevante o incluso tóxica o negativa para el ser humano. En cambio, la laicidad es un marco que entiende que la dimensión espiritual es una posibilidad, y que hay que respetarla y desarrollarla con toda la tolerancia y neutralidad posibles. A lo que se contraponen el laicismo, donde esta inteligencia puede quedar como coartada o amputada.

Sin embargo, esta inteligencia la tenemos todos. Lo que pasa que no es igualmente desarrollada. Pero es la capacidad que tiene todo ser humano de hacerse preguntas fundamentales en un momento dado u otro. Lo hacemos en un estado contemplativo o cuando hemos perdido a un ser querido. Entonces nos preguntamos, ¿cuál es el sentido de nuestra existencia?, ¿qué hacemos aquí? Allí es cuando esta inteligencia se activa y busca respuestas en las tradiciones religiosas y tradiciones filosóficas. Pero busca respuestas porque necesitamos dar algún tipo de sentido a nuestra ubicación en el mundo.

RVA.- Esa ubicación de la que habla tiene que ver con la fe y recuerdo que usted estudió a Soren Kierkegaard, que ha sido uno de sus grandes marcos filosóficos y teológicos. Soren Kierkegaard en Temor y Temblor nos muestra a Abraham subiendo al Monte Moriah y llega el momento en el que Dios le pide el sacrificio de su hijo. Toda esta experiencia del “salto de la fe”, el momento en el que Abraham se ve, digamos, impedido por el mismo Dios con este temor y temblor del cual habla Kierkegaard. ¿Cómo lo ve usted desde la fe que nos propone en la inteligencia espiritual? Porque nos habla de las diferentes, digamos, capacidades éstas que usted menciona de activación de la espiritualidad, que no es la misma espiritualidad de religión, pero lo fundamental es la fe. ¿Cómo se vislumbra esta fe?

FTR.- Temor y temblor es la obra clave de Kierkegaard. La publica en 1843 con el seudónimo Johannes de Silentio; es una obra breve pero que él dice en sus mismos diarios, que

es la obra que le hará inmortal porque sobre todo ahonda en la naturaleza de la fe a partir -como usted decía también-, del episodio de Abraham. Claro, él la define como un salto al infinito, como un salto que no puede demostrarse científicamente, como una confianza ciega en Dios. Un abandono en Dios y que ese salto, pues sí, uno espera poderlo argumentar, demostrar y nunca lo hace. Nunca lo puede hacer. Entonces es un don. En teología decimos que la fe es un don. Hay personas que desean tenerla y sin embargo no la tienen. Hay personas que la tienen a pesar de que también han sufrido todo tipo de contrariedades y desgracias. Lo que es verdad es que ese don proyecta una mirada distinta a la realidad y a las situaciones límite que uno vive.

Hay una forma de ver el mundo distinto desde los ojos de la fe a los ojos sin fe. Pero no hay una demostración racional. Es decir, el que espera una demostración racional nunca hará el salto de la fe. Por eso habla de salto. Porque no hay unas escaleras que vayan permitiendo de manera continuada y prolongada, sino que es un salto y que no podemos demostrar. Él era un filósofo de origen luterano y subrayó especialmente este elemento. La inteligencia espiritual sí que es un rasgo común. Todos la tenemos. Las personas que tienen fe o que no tienen fe, que además es lo que nos distingue especialmente del orangután y el chimpancé. Pero también de la inteligencia artificial. Esta capacidad de interrogarnos y de buscar respuestas a pesar de que sean provisionales y que no sean definitivas pero necesitamos respuestas y algunos las encuentran en la poesía. Otros en el Nuevo Testamento y otros en los Upanishads o en el Tao Teking. Pero necesitamos respuestas para orientarnos. Para saber qué podemos hacer. Las grandes tradiciones espirituales son como brújulas que nos permiten identificar dónde está lo que necesitamos, especialmente en tiempos de desorientación, caos, desconcierto y vértigo.

Jesús Antonio Sibilla Oropesa (JASO).- *¿La fe nos lleva a la espiritualidad o la espiritualidad nos puede llevar a la fe?*

FTR.-Yo creo que sobre todo la espiritualidad puede llevarnos a la fe. En la medida que uno practica el silencio, en la medida que uno lee los textos fundamentales, en la medida en que uno es capaz de pensar a fondo qué está haciendo con su vida, yo creo que ahí se puede producir el salto. Sin embargo, hay muchas personas que tienen una vida espiritual profunda y sin embargo no experimentan la fe. Hoy hablamos en muchos contextos europeos de una espiritualidad sin Dios y sin iglesia y, sin embargo, espiritualidad, por lo tanto la espiritualidad no es patrimonio exclusivo de ningún ser humano. Es una potencia del ser humano.

En cambio la fe es un salto, es la adhesión y la confianza en que no estoy solo. En que alguien vela por mí, incluso cuando no tengo esta experiencia de que alguien vele por mí. Donde se pone de manifiesto la fe es en el Viernes Santo, cuando todo se derrumba. Entonces, es la real prueba. Cuando a uno todo le va bien, sus expectativas se cumplen, tener fe es sencillo. Pero tener fe en el Viernes Santo, cuando uno siente el abandono radical de Dios, eso es lo más difícil. Pero yo creo que no, que es la espiritualidad la que puede conducir a una persona a la fe, aunque no necesariamente, hay personas con una gran vida espiritual porque practican el silencio. Tienen una vida profunda y sin embargo no confían en una realidad superior que llamamos Dios, a la que se abandonen y confíen con toda plenitud.

JASO.- *¿La fe y la espiritualidad se complementan?*

FTR.-Sí, naturalmente. ¿Por qué? Porque una persona de fe necesita alimentarla. Necesita pensarla. Yo por eso estudié teología. Yo fui formado en una familia cristiana, pero me hacía muchas preguntas. Sobre todo, preguntas que nacían

en la facultad de filosofía. Profesores que lanzaban preguntas muy serias y que yo no tenía todavía los fundamentos teológicos y bíblicos para poder responder. Eso fue lo que me llevó a estudiar teología. A pensar a fondo la fe y a ver las fronteras de esa razonabilidad y hay momentos que uno puede razonar hasta cierto punto. Pero hay momentos en que uno se da cuenta de los límites de la razón. Nuestra razón siempre es limitada. No capta todos los estratos y niveles de la realidad. Llega donde llega y la fe permite dar más conocimiento que lo que la razón por sí sola es capaz de intuir o de comprender.

GNO.- ¿La fe y la filosofía se oponen, se complementan o caminan por el mismo sentido?

-Históricamente, sería ingenuo negarlo. Muchas veces ha habido una confrontación. Pero una confrontación brutal, dura, de tal modo que muchos filósofos se han expresado claramente de manera contraria a la fe. Los denominados, por ejemplo, filósofos de la sospecha, Marx, Nietzsche, Freud y tantos otros. Sin embargo, yo creo que la filosofía, en la medida que es un ejercicio de autocrítica y de reflexión y de meditación, puede ayudar a madurar esa fe. A pensar sus límites y, sobre todo, su verosimilitud. Por lo tanto, yo creo que no hay que plantearlas necesariamente como figuras contrapuestas, sino que una, la filosofía, puede ayudar a purificar esa fe. Liberarla de supersticiones, fanatismos, caídas en formas pueriles, infantiles y, por lo tanto, descartar todo lo que llamaríamos una especie de andamiaje muy pueril e infantil de la fe. Que en lugar de servir a la fe, lo que hace es más bien enmascararla. Juega un papel catártico y purificador la filosofía respecto a la fe.

RVA.- Le escucho hablar de teología y me pregunto, como ciencia la filosofía, lo mismo que la teología, ha avanzado. No es la misma teología de la Edad Media. Hoy tenemos la teología

latinoamericana. Por ejemplo, tenemos una crisis en Europa muy importante de la teología, aunque se enseñan en muchas universidades. ¿Qué Jesucristo es el que sigue siendo buena noticia hoy desde la Cristología que usted ha ido profundizando?

FTR.- Bueno, la Cristología, claro, es ese tratado dentro de los tratados que nos enseñan y que enseñamos en la Facultad de Teología, cuyo centro de gravedad es pensar a fondo la figura de Jesús como plenitud del hombre y, por otro lado, como encarnación de la segunda persona de la Trinidad, del Hijo de Dios. Y allí aparece una figura. Entonces, claro, ha habido cristologías muy distintas. Algunas han casi disuelto la humanidad y otras casi al contrario, han disuelto la divinidad. Es muy difícil hacerla bien. Yo creo que la clave de la Cristología es poder expresar el mensaje de Jesús en una terminología que sea significativa para hoy. Y eso es lo que hizo Jesús. El lenguaje parabólico, por ejemplo, tiene esta potencia. La parábola la entiende un niño y la entiende un intelectual. Pero para un niño es como un cuento y cuando uno la piensa en su madurez, esa parábola dice mucho más. ¿Por qué? Pues porque simplemente uno tiene más bagaje, más historia, más experiencia.

Entonces, yo creo que la clave es saber presentar ese Jesús que es fiel a la historia y que nos conmueve. Que nos da que pensar. Que tiene un mensaje liberador. Que tiene un mensaje de esperanza. Que tiene un mensaje de proximidad a las figuras de la vulnerabilidad, la viuda, el pobre, el enfermo, el lisiado. Esa es la clave. Y poner esta figura en el centro de gravedad.

JASO.- *¿Sigue haciendo clic Jesús, el Cristo, en esta época, en esta era, en este siglo, con los jóvenes?*

FTR.- No como algunos desearíamos. Quizá porque todavía hay que limpiar mucho la imagen que se ha construido o

porque quizá el lenguaje que comunicamos no es completamente cercano a su nivel. Pero aun así, cuando uno logra vencer esas resistencias y sobre todo los prejuicios, entonces interesa esa figura. Yo lo he hecho en el aula. En el aula he contado alguna parábola, entonces no les digo el origen. Dicen, 'hombre, esto que pasa del buen samaritano es muy importante, detenerse cuando uno está malherido... todos estáis de acuerdo, ¿de dónde sale este texto?'. Todo el mundo silencio, nadie lo sabe. Alguien dice: 'bueno, esto es una parábola de Jesús'. 'Ah, caramba. Pues igual me interesa ahora el Nuevo Testamento'. Y así va. Pero de entrada, esta ignorancia también perjudica el conocimiento. Entonces debemos romper muchos prejuicios y sobre todo presentar de la manera más auténtica y más cercana esta figura en el aula. Y a veces también el mismo profesor se autocensura. Hay un cristianismo vergonzante. No quiero ser etiquetado. No quiero que los demás sepan lo que creo. Y cuando uno habla desde el corazón es más convincente.

JASO.-¿El joven ha sacado del conocimiento general la figura de Jesús, la historia de Jesús?

FTR.- No, yo creo que no.

JASO.. Es que hablaba hace un momento de la ignorancia de los jóvenes, de no saber...

FTR.- Al menos en Europa, y particularmente en España, hablamos de un profundo analfabetismo religioso, pero profundo, que además también lo lamentan los profesores de Historia, particularmente los de Historia del Arte. Porque, incluso para comprender el arte se tiene que haber leído los Evangelios, porque cuánto arte, el románico, el gótico, el barroco, se refiere directamente a episodios del Nuevo Testamento. Y eso lo han confesado profesores ateos

que dicen, ‘Bueno, ¿usted cómo va a interpretar este cuadro si no sabe lo que es el sacrificio de Isaac y que eso se narra en el libro del Éxodo? Entonces no sabrá lo que está representado, por ejemplo, Mark Chagall’... Y es cierto, en efecto, hay una ignorancia supina, que solo les indispone para acercarse a esta figura. Si rompes esta ignorancia, entonces se despierta interés. Y luego hay que romper prejuicios sobre la Iglesia y sobre su historia. Es una tarea. Nietzsche decía que el filosofar se hace a martillazos. Yo creo que esta es una parte de verdad.-Y el martillazo es clave para romper prejuicios tópicos, estereotipos. Luego hay que construir. No solo se hace a martillazos, pero sí que hay que romper muchos prejuicios para poder construir una imagen que sea más auténtica, más fiel a la realidad de Jesús.

GNO. Aquí hay un problema interesante. En algunas sociedades, en algunos países, lo socialmente correcto es no hablar de Jesús. Y ahí entra la crisis de valores. ¿Qué está sucediendo realmente?

FTR.- Hay una servidumbre a lo que llamamos lo políticamente correcto. También en España y en Europa. Uno no puede salir de la autopista. Hay unos temas y esos temas hay que tratarlos de una determinada manera. En la medida que se desarrolla un tema o un área que está fuera de la autopista, se produce una sorpresa o incluso una cultura de la cancelación. “Esto no”. “Pero bueno, ¿por qué no?” “Esto no”. Y entonces, claro, a veces incluso hay una autocensura. Yo creo que los profesores a veces también jugamos esta autocensura. Yo me acuerdo en una ocasión que estuve dos semanas presentando las denominadas pruebas de la existencia de Dios y las denominadas pruebas de la inexistencia de Dios. Dos semanas. Y en un momento dado, cuando terminé, un alumno levanta la mano y dice, “bueno, profesor, todo esto que ha dicho está en Google. Si lo busco, está en Google. Pero yo le hago una pregunta que no está en Google, ¿usted

cree en Dios?”. Ahí se hizo un silencio enorme y los alumnos dejaron de escribir y dijeron “ahora empieza de verdad la clase. Porque todo lo que ha dicho de Nietzsche, de Freud, de Marx, de San Anselmo, de Canterbury, de Santo Tomás, todo esto está en Google y además bien encontrado”. Yo allí tenía dos posibilidades: decir, este es un tema privado, no voy a definirme. O podía decir lo que pienso. Si digo lo que pienso, voy a desilusionar a la mitad del aula. “Por el amor de Dios, no pensábamos que este señor era cristiano, ¡cómo me ha desilusionado!” Pero si no digo lo que pienso, otra mitad, quizá dirá, “anda, este es de los míos, qué bien”. En cualquier caso, te defines, te comprometes, te quitas la máscara y eso te hace vulnerable a la crítica. En cambio, mientras estás tapado y hablas de otros autores, tú quedas como indefinido. Y esto es una trampa. Lo hacemos mucho los profesores. De algún modo taparnos detrás de la erudición, de tal modo que el sujeto muere y lo que hay es un objeto de exposición, pero el sujeto muere.

RVA.- -La experiencia se oculta, no se manifiesta.

FTR.- En efecto, y cuando hablas en primera persona, ya no está el profesor, sino que está el testigo. Y entonces sí que prestan atención. Dicen, “cuidado que este ahora no habla de lo leído, sino de lo que ha vivido”.

RVA.-- Y es más fuerte.

FTR.- Sí, pero eso a ti también te desnuda frente a ellos. Te quitas la máscara y ya no es una clase. Y de hecho, no se mueve nadie. Cuando hablas de lo que has vivido, suena el timbre, es la hora y no se mueve nadie. Dicen, “cuidado que lo que está pasando aquí no pasa habitualmente. Porque siempre Hablamos de lo estudiado, de lo leído, de lo aprendido, pero no de lo vivido o de lo sufrido”.

JASO.- Porque a pocas o a muchas personas les cuesta mucho trabajo abrirse. Exponerse. Mostrar lo que hay dentro. Pero cuando se empieza a mostrar lo que hay dentro, manda el testimonial.

FTR.- La exposición, ¿qué es? Es ponerse uno fuera. Salir fuera. Quitarse la armadura y decir “Esto es lo que yo creo, esto es lo que yo pienso, esto es lo que yo veo, esto es lo que a mí me ha pasado”. Entonces estableces un vínculo empático con el estudiante y te ve de otra manera. Y a veces es lo único que recuerda de un curso. Han pasado diez años. Te encuentras a un ex estudiante en un aeropuerto internacional, como a mí me pasó en Bogotá. “Hombre, profesor Torralba, ¿qué tal?”. “¿Cómo estás?”. “Bien”. “¿Cómo te va la vida?”. “Pues mira aquí. Todavía me acuerdo de una cosa que nos dijo”. Le digo “¿solo una? (Risas) De tres horas semanales entregándome solo recuerdas una cosa?”. “Sí. Solo una. Y además no la dijo en el aula, fue en el claustro, paseando. Nos dijo que en la vida, sin esfuerzo, nada”. Y yo, “vaya, no hay que ser muy inteligente para decir eso”. (Risas). Y él me replica: “Ya, pero ahora lo veo muy claro porque tengo un hijo, tengo un trabajo, me cuesta mucho. Y en aquel momento yo vivía en casa, muy cómodo, muy confortable”. “¿Y de lo demás no te acuerdas de nada?”, le digo. (Risas). Me contesta: “No, ... ¡bueno!, sí tengo una vaga cultura, pero eso fue lo me quedó muy claro. Y no lo dijo en el aula”. O sea que nunca sabemos qué eco tendrán nuestras palabras en ellos. No lo sabemos a priori. Y a veces nos sorprenden.

RVA.- Hay una de sus publicaciones que nos ha impactado mucho, basada en una experiencia de usted que tiene que ver con el duelo. Y ha sido muy comentado. Al principio del programa hablábamos del sacrificio de Abraham y de la experiencia que aborda Soren Kierkegaard en Temor y temblor. Esta experiencia de sentirnos desnudos ante la realidad de

Dios que nos pide quizá lo que algunos filósofos han llamado el absurdo... Eso donde no hay palabras...

JASO.- Usted ha escrito algunos libros sobre el duelo, pero sin duda hay uno más importante que todos. Porque de las cosas que se viven son de las que uno puede hablar con mayor propiedad. En el caso de usted, ¿cuántos libros ha escrito sobre el duelo?

*FTR.- Pues tengo tres. Tres libros escritos. Uno titulé *Planta cara a la muerte*. Otro, *Palabras de consolación*. Y el último, *No hay palabras*.*

JASO.- ¿Por qué escribió estos libros? ¿Qué le motivó a escribirlos?

FTR.- Bueno, en los dos primeros la idea fue abordar el tema de la muerte, un tema clave en filosofía. Platón decía que filosofar es aprender a morir. Luego lo expresa exactamente igual Montaigne en sus ensayos. Por lo tanto, la muerte es un tema clave en filosofía. De hecho, incluso Schopenhauer dice que si no muriéramos, no habríamos filosofado nunca. Por lo tanto, reflexionar sobre que hay un límite, que no estaremos indefinidamente aquí, eso activa todo tipo de preguntas. ¿Qué voy a hacer con el tiempo que me ha sido dado? ¿Cómo lo voy a emplear para que tenga valor? ¿Cómo podré soportar vivir sin los seres que quiero? Por lo tanto, la muerte es un tema clave en filosofía, como el de después de la muerte. Lo que podemos esperar.

Kant lo formula en la tercera pregunta. ¿Qué podemos esperar? Es un tema clave también en teología, que da un tratado, que es el de la escatología. Entonces, los dos primeros libros, sobre todo, los traté como un teórico, un filósofo y un teólogo que se enfrenta a este tema desde la esperanza. En cambio, el tercero nace de una experiencia, que es

una experiencia trágica, que es la muerte de mi hijo a sus 26 años de edad, en un accidente de montaña. Y por lo tanto nace desde una experiencia de una pérdida muy grave.

El *No hay palabras* precisamente evoca esta situación de qué difícil es poner palabras al vacío y al sufrimiento que uno experimenta en una situación así. Y también la dificultad que tiene el que quiere consolarte. De tal modo que se produce una situación de silencio, porque tú no tienes palabras para expresar lo que sientes y el otro se da cuenta que las palabras que puede decir son insuficientes para poder calmar tu dolor, tu vacío, incluso, tu desesperación. Lo que pasa es que tenemos otros lenguajes. Tenemos el abrazo, tenemos la caricia, tenemos las lágrimas, tenemos otros lenguajes que no son palabras, que expresan la proximidad y que no eres indiferente al sufrimiento del otro.

Por lo tanto, no hay palabras, es el título, porque evoca esta idea. De algún modo las palabras son insuficientes y tenemos que utilizar otros lenguajes que nos permitan sentir que los demás nos sostienen y nos acompañan en momentos de tanto desamparo y de interrogación.

JASO.- Todos hemos perdido a algún familiar, a un ser muy querido. Aquí Guillermo a su papá y yo al mío, en un momento muy complicado para mí, para mi familia. Roberto, a su hermano. Pero de alguna manera son cuestiones más o menos lógicas. Perder a un hijo es algo que rompe, porque nadie espera...

*FTR.- No están las expectativas. Lo que pasa es que San Agustín ya lo dice en latín, pero lo entendemos en español: *Mors certa, hora incerta*. Y siempre damos por hecho que eso viene después de la ancianidad, pero de ello no tenemos ninguna certidumbre. La única certidumbre es que nos moriremos. Y eso va acompañado de una nube de incertidumbres. ¿Cuándo? Nadie lo sabe. ¿Dónde? Tampoco. ¿De qué? Tampoco. De tal*

modo que puede tener lugar en cualquier momento, a pesar de que tenemos la visión de que eso ocurre después de las cuatro estaciones de la vida. Infancia, juventud, madurez y ancianidad. Y luego te mueres... Pero no siempre es así. Para nada. Y cuando no es así, se genera un tipo de corriente de emociones que son -casi diría- tóxicas. Cólera, ira, rabia, indignación, porque no estaba en tus expectativas. En cambio, cuando muere tu padre, que tiene 96 años, que ha desarrollado toda su vida, que además ha sido fecunda, y que además, estaba ya muy enfermo y tenía dolores por todos los lugares, incluso, dices, es una liberación. Se ha liberado de esta situación que le pesaba. Pero la muerte de una persona joven es algo que realmente activa emociones muy negativas y hay personas que quedan atrapadas en estas emociones. Y pasan 20 años, o 10, o 15 y siguen con la indignación, la ira, el rencor, la rabia, hasta que se llega a lo que llamamos la aceptación; pero para ello hay todo un recorrido y en cada persona es individual. Y aquí no sirven comparaciones. Yo he visto de todo en la cercanía y también, naturalmente, en otros casos. Tiempo al tiempo, y el tiempo ayuda si lo trabajas. Si estás sentado en un sofá viendo su foto, te vas hundiendo. Pero si ese tiempo lo trabajas, sobre todo espiritual y emocionalmente, puedes ir asumiendo. Yo no hablo de superación. Se supera una prueba atlética, se supera un examen, unas oposiciones. Eso no se supera nunca. En el mejor de los casos se asume, te cambia, te transforma, pero no se supera. Se supera una prueba atlética o un examen. Eso se asume en el mejor de los casos.

-JASO.-Después de que sucedió esto, de haber perdido a su hijo, viene el tercer libro. ¿Qué opinión tiene de los dos primeros libros que escribió después de la experiencia vivida en carne propia?

FTR.- La verdad es que no tengo la impresión de que tuviera que tirarlos a la basura. No niego lo que allí afirmo, pero el

punto de vista es distinto porque has pasado por ello y por una muerte traumática. Pero no es una reacción de decir que todo lo que dije allí es falso. No. Sigue siendo para mí verdadero. Lo que pasa es que la manera de abordarlo es distinta porque la experiencia te cambia la visión de la realidad. Es que hablas desde lo vivido y desde lo que no habías elegido vivir. Y eso es lo que te permite también un abordaje distinto. Yo no habría titulado el libro *No hay palabras* si lo hubiera hecho quizá antes. Y después dije que no hay palabras realmente. Por lo tanto, sí que hay un enfoque distinto, aunque no necesariamente entro en contradicción. Podría haber pasado. Decir: “todo esto ahora ya me parece cháchara, me parece palabrería”. No, no tengo esta impresión con aquellos libros, pero sí su insuficiencia. Es decir, esta experiencia es como hablar del enamoramiento sin haber estado enamorado. Dices, usted escribe sobre el enamoramiento, pero ¿ha vivido algún enamoramiento? No. Pues cuando lo viva, verá que es algo distinto. Lo podemos decir en positivo. O una persona que ha sufrido el síndrome de abstinencia, una persona que sufre una adicción. Yo no sé lo que es eso, pero quien lo ha pasado puede escribir. Otra cosa es que no tenga palabras, pero puede escribirlo.

-GNO. Dr. Torralba, decía usted que experiencias trágicas de ese tipo muchos las decantan en rabia, en ira, en enojo, en reclamos. Y de ahí surge el concepto de fe. Yo le preguntaría a usted, después de esos momentos tan difíciles que le tocó vivir, ¿hubo algún instante en el que volteó los ojos al cielo y reclamó y dijo por qué?

FTR.- Sí, y además es inevitable. A ver. Siempre una experiencia de este tipo, yo la comparo a un movimiento sísmico que altera toda la persona, desde somáticamente, la respiración, el ritmo cardíaco, la noche. Todo. La alimentación y el deseo sexual. Todo se altera, hasta la dimensión espiritual,

toda queda profundamente alterada. Y en lo espiritual hay dos movimientos. Hay personas que una experiencia así les conduce a lo que llamamos el ateísmo de rebelión. No puedo, Dios me ha fallado, Dios me ha fallado. Y otras personas que, al contrario, dicen, lo único que me sostiene es Dios. Ha fallado la ciencia. Ha fallado la técnica. No hemos podido humanamente. Pero lo único que me sostiene es la confianza en que esa palabra contiene una verdad. ¿Qué palabra? La que ha revelado a lo largo de la historia. ¿Y qué promesa contiene? Una vida eterna, una plenitud. Y eso abre una esperanza. Pero, naturalmente, sí que hay el grito. Decir, ¿por qué? ¿Cómo voy a interpretar eso? Y eso puede conducir al ateísmo o puede conducir a una visión más profunda de Dios. A una visión de Dios como misterio.

GNO.-¿Se pone en duda la fe?

FTR.- Yo creo que lo que se pone en duda es la imagen que tienes de Dios. Te das cuenta de que Dios no es un lampista que arregla los desperfectos, los errores que cometemos, sino que, sobre todo, es misterio. Pero eso ya lo sabíamos, sí, pero ahora lo sabemos más. Y que, por lo tanto, no es alguien que responde a nuestras expectativas. Es un misterio. El misterio. Lo que pasa es que ese misterio se ha manifestado a través de una palabra. Intentar interpretarla, que es lo que hace el teólogo, es intentar comprender qué dice esa palabra: qué nos dice y qué promete. Y esa es la tarea de la teología. Es hermenéutica de la palabra, interpretación de la palabra, y eso es fuente de esperanza. Porque lo que dice esta palabra es que hay vida plena y que estaré con vos hasta el final de la historia, a pesar de los silencios de Dios o las noches oscuras que decía San Juan de la Cruz.

RVA.- O los Viernes Santos.

JASO.- Una ocasión, alguien que había perdido a su hijo, lloraba fuerte, platicaba conmigo y me decía, “¿por qué a mi hijo?, ¿por qué a mi hijo?”. Y yo lo único que pude decir es, “mira, voltea a ver a María, ahí, debajo de la cruz, viendo a su hijo. Y tal vez encuentres algunas respuestas”. Yo creo que esto, para los que creemos esto, nos puede dar pistas de cómo ir procesando el dolor y el sufrimiento y que le pasa a todos... incluso a Jesús.

FTR.- Sobre todo, para mí hay un libro clave, que es el libro de Job. El libro de Job es un libro clave. Porque, claro, Job es un hombre bueno, honrado, recto y le suceden muchas desgracias y muy graves. Y llega un momento, naturalmente, que Job grita, blasfema y desea no haber nacido. Cuidado. Y, sin embargo, al final hay una reconciliación. Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea Dios. Por lo tanto, hay como una reconciliación que pasa por un momento de profunda indignación, rabia y cólera. Job es mucho más humano que Abraham. Porque Abraham acepta, sin discusión, la orden de Dios. Se dirige a la montaña de Moriah, como dice Kierkegaard, tres días en silencio, para sacrificarlo. Y, en cambio, Job nos parece mucho más cercano. Porque le grita y dice, “bueno, pero ¿por qué me está pasando?”. Y los amigos de Job intentan convencerlo y explicarle. Pero él dice, “no, no, perdona, yo no he cometido ningún mal. ¿Por qué me tiene que pasar esto?”. Por lo tanto, cuando nos sucede una experiencia así, incluso en la palabra de Dios uno puede encontrar figuras con las que identificarse, en este caso con Job. Y quiero recordar que Jesús grita, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, en el mismo Viernes Santo. Entonces, si Jesús tiene esta experiencia, ¿por qué no la podríamos tener nosotros también? Es la experiencia del abandono de Dios.

RVA.- Una de sus frases que me gustó mucho del libro Inteligencia Espiritual, y que es notable en un libro que se entiende

que es de filosofía y de teología, es cuando habla de la meditación, de la contemplación, de la oración. “Maestro, enséñanos a orar”, le decían los discípulos, y es como la gran tarea de cómo enseñarles a los jóvenes. Y sigue siendo la tarea de todas las iglesias, de todos los pastores, de todos los sacerdotes, de todas las tradiciones espirituales. Vivir. Experimentar. Sentir a esta divinidad que nos consuela que se acerque y demás. ¿Cómo vive Torralba esa dimensión de la oración? Que luego, me gustó cómo lo lleva después al dulce far niente, al dulce no hacer nada, es decir, vamos contemplando, vamos orando, pero también vamos disfrutando de esta dimensión de la vida que es el estar, que es el vivir, que son los amigos. Si no, la vida no tendría sentido, ¿no?

FTR. - . Sí, a ver, son dos prácticas que a veces ponemos en el mismo plano. Una es orar, otra es meditar. Orar, -y yo aquí sigo mucho a Gabriel Marcel, el gran filósofo francés-, yo lo entiendo como un diálogo personal con Dios. Meditar tiene mucho que ver con dar vueltas a una frase, a una idea, de tal modo que uno la va reflexionando, dando vueltas y va entreviendo más elementos. Pero la oración tiene una dimensión de apertura a lo infinito y es un diálogo personal. Entonces, ¿dónde, cuándo? Algunos, como yo, en la naturaleza. La naturaleza es un lugar de encuentro en Dios para muchas personas, la soledad. Otros, en cambio, es la música. La música eleva. Decía San Agustín que la música te eleva a Dios. Se refería a la música sacra. Tiene esta capacidad de transportarte, de elevarte. Para otros es el arte pictórico. Para otros es la lectura de una determinada obra. Pero, en cualquier caso, tenemos instrumentos de elevación. Otra cosa es si los utilizamos o no. Yo creo que la naturaleza tiene esta capacidad de abrirnos la mente a lo más grande y a lo más infinito. Y aquí hay muchísimos autores que han visto en la naturaleza una manera de expresión de la infinitud de Dios en toda la obra de la naturaleza.

RVA.- Tabasco tiene una naturaleza espectacular, un trópico maravilloso, por eso decían de nuestro Pellicer: uno de nuestros grandes poetas, el poeta Adámico, el hombre en su Adán. Ah, pero acá también nos dicen que es un infierno verde por nuestro calor tropical.

GNO.-Lo han sentido y lo han disfrutado (risas).

RVA.- Doctor, ¿qué tiene usted, además del último libro que hemos seguido por ahí de la inteligencia artificial, de reciente publicación? ¿Hay algo más que tenga usted pendiente, de lo que le gustaría escribir? Porque usted se define propiamente más como maestro, como docente. ¿Tiene usted algo pensado?

FTR.-Sí, siempre hay proyectos que se van desarrollando según las circunstancias. Ahora, por ejemplo, me interesa muchísimo todo lo que son los relatos breves de Kafka. Kafka nos dejó unos relatos muy breves, historias, cuentos, que algunos de ellos tienen unas raíces profundamente bíblicas. Y me interesa mucho porque yo creo que él capta con nitidez la situación del hombre contemporáneo, de un hombre desesperado, sin esperanza, atrapado en una maquinaria burocrática terrible y que muchas veces no es capaz de encontrar sentido a la realidad.

Y me interesa porque desarrolla una narrativa de la desesperación que es un desafío y cómo responder a él. Fíjate que Kafka murió en 1924, hace más de 100 años, pero sigue siendo objeto de estudio en las mejores universidades del mundo. ¿Por qué? Probablemente porque retrata un mundo que es muy inhóspito, que es muy solitario, donde hay mucha masificación y burocracia, pérdida de sentido. Y eso tiene que ver con la experiencia del mundo que tienen tantas personas. Por eso lo estoy estudiando a fondo y quizá en el futuro aparecerá algún texto.

JASO.-¿Cuál será su libro consentido, el libro que más aprecia, que guarda en su corazón sobre cualquier otro que haya escrito?

*FTR.-*Pues a nivel académico probablemente es Inteligencia Espiritual, también por el eco que ha tenido. En cambio, a nivel personal, es *El sentido de la vida*. Lo publiqué antes de los 40 años. Tenía entonces 39. Es un momento donde uno generalmente hace balance. Es la mitad de la vida y miras atrás, te preguntas qué has hecho, qué queda por hacer. Te cuestionas si lo que has hecho tiene algún valor o es estéril, y es como un autoexamen. Este libro también tenía una fuerte dosis de aportación personal... Después vino el *No hay palabras*, que tiene que ver con esta experiencia traumática. Pero lo subrayaría como un libro que muchos lectores me han dicho que les ha ayudado a pensar y a preguntarse en primera persona del singular qué es lo que hace que mi vida tenga valor, tenga sentido, y que al final, pueda decir que no haya sido estéril. Que haya sido una vida significativa. Que al final es a lo que aspiramos todos, que nuestra vida sea significativa y no estéril o baladí.

GNO.- Sí, me quedé pensando en lo de Kafka, por una razón muy sencilla. Vi la similitud con el joven actual. O sea, ese Kafka metido en toda esta maraña, metido en toda esta problemática, y ver la juventud del mundo, propia de Tabasco, de México y el mundo, que nos ha metido en todo un bulo en donde lo fundamental, o no lo fundamental, sino que lo distingue, es una ausencia de valores. Y bueno, si alguien ha hablado de valores y de puntos fundamentales para los jóvenes, pues ha sido Francesc Torralba. ¿Cree que la juventud actual está carente de valores?

*FTR.-*Yo precisaría; diría “de algunos valores”, porque también son, en muchos campos, fuente de valores; pero en

algunos valores *sí* que han perdido mucha vigencia. Por ejemplo, se impone una moral de derrota y una visión muy postutópica o antiutópica del futuro. Los jóvenes de hoy tienen una visión de que es muy difícil cambiar la realidad. Y eso les conduce a la parálisis. De hecho, la esperanza es un motor. Cuando uno cree que algo es posible, se pone a trabajar. Cuando uno parte de que no es posible, queda paralizado y no hace nada. Y lo que tenemos ahora, en el campo de tantos derechos, es fruto de que otros lo vieron posible. Era posible que la mujer votara. Y hubo unas mujeres -las sufragistas inglesas-, que salieron a la calle y ahora, en la mayoría de democracias del mundo, la mujer vota. Y, sin embargo, mis alumnas, muchas de ellas, no votan. Digo, “¡hombre!, pero dices que no hay nada que hacer, ¿cómo que no? ¡Claro que hay que hacer!” Y contestan: “No cambiará nada. Esto no tiene solución”. He ahí, pues, una visión petrificada de la historia. Ese *sí* que es un valor que está ausente.

Y el tema es cómo cambiar esa percepción. Porque esta percepción les lleva al no compromiso, a la parálisis y a la quietud. Y yo les digo, “lo que ustedes recogen es fruto de lo que otros sembraron. Se dejaron la piel para que ustedes pudieran votar. Y ahora ustedes pasan de votar. Alguien se dejó la piel para que los niños, aunque no tuvieran recursos sus padres, fueran a la escuela y tuvieran una educación gratuita. Y eso no ha nacido por generación espontánea. Eso ha sido fruto de sangre, sudor y lágrimas. ¿Ustedes qué van a hacer para que sus bisnietos tengan un mundo distinto?”.... Y se quedan todos callados. “Porque ustedes han recogido muchos frutos”. Entonces este valor *sí* que falla. Que es el futuro, es el “no hay futuro” y estará y será mucho peor que el presente. Esta visión apocalíptica y además de un colapso muy cercano. El tema medioambiental naturalmente ayuda a generar esta visión de que no hay futuro, o de que estamos más cerca del apocalipsis final.

RVA.-En uno de sus discursos usted habló de la filosofía como cura del alma y cura del mundo. Que evidentemente es una visión mucho más compleja de la realidad. Me llamaba la atención cómo ha ido usted abordando el tema de la fe y de la razón. Desde luego que es un tema que desde Europa se mira de una manera. En América Latina nosotros tenemos un binomio un tanto distinto. Sí la fe y la razón, pero también la fe y la política. Que muchas veces se contraponen, o se contaminan, o son abiertamente adversas. ¿Cómo entiende usted ese binomio entre fe y política?

FTR.-Yo creo que el cristiano debe implicarse. No necesariamente en un partido político. Algunos en un sindicato, otros en una asociación. Pero no puede ser un espectador de la realidad ajeno a lo que pasa o ajeno a los problemas. Debe implicarse. El cómo ya dependerá de su manera de entender el Evangelio. Para algunos esta implicación significará ponerse al servicio de los grupos más vulnerables, promocionarles, tratar de generar justicia social, un cambio. Es una forma de implicación. En cualquier caso hay que implicarse. Lo que pasa es que no todos tienen ni la vocación ni todos están dispuestos a experimentar el riesgo que esta implicación conlleva. Porque siempre es arriesgado implicarse políticamente. Serás criticado, muchas veces calumniado, difamado. Y por lo tanto hay una tendencia a evitar ese compromiso político. Yo creo que esto es un error de puritanismo. Es verdad que si uno se implica, pues entonces se queda embarrancado en la realidad, queda como enfangado. Pero es la implicación la que genera cambios. Los que se implican en la política municipal, en la política estatal, en la política regional es lo que genera cambios. Ahora, el descrédito del político es enorme. Y la crisis de confianza es enorme. Y ese también es otro problema. Que las personas con talento no deseen implicarse políticamente, deja allí un espacio vacío que lo ocupa la mediocridad o el que no tiene

posibilidades de desarrollar su talento en el ámbito privado. Pero yo creo que la fe tiene un correlato de implicación social y política. Siempre lo debe tener.

RVA.- Decía el Papa Francisco, recién fallecido, que la política es como la máxima expresión de la caridad porque es la que busca y persigue el bien común. ...Bueno, pues estamos llegando al fin de nuestro programa especial con el doctor Francesc Torralba. Pasemos a las reflexiones finales.

JASO.- Bueno, en primer lugar, creo que es un honor para todos nosotros tener un personaje de esta estatura, esta talla, con todo lo que ha estudiado, con todo lo que ha escrito, con todo lo que ha vivido y que ha sabido transmitir. Porque vivir, cualquiera, saber transmitir lo vivido, eso es algo especial y es un arte. Muchas gracias por su presencia en Tabasco Dr. Torralba.

GNO:- Gracias a ustedes por acompañarnos en este conversatorio con el doctor Torralba Roselló. Porque sin duda, cuando uno se encuentra a alguien que es como una joya, uno dice “en mucho tiempo no volveré a encontrar a alguien como él, vamos a disfrutarlo”. Realmente ver y escuchar a Francesc Torralba es como ir en el desierto y hallar un oasis, porque transmite una gran tranquilidad, transmite un gran conocimiento y hace que lo complicado y difícil parezca un juego de niños.

FTR:- Muchas gracias. Gracias a ustedes por esta acogida que he tenido aquí, y por el reconocimiento que significa un doctorado Honoris causa en una universidad aquí en México. La verdad es que estoy agradecido. Intentaré corresponder a este reconocimiento con un discurso que esté a la altura y que pueda ser interesante para los académicos y las personas que nos acompañen en el día del acto. Gracias a todos.



DEPARTAMENTO
editorialcultural

Lic. Guillermo Narváez Osorio
Rector

Dr. Luis Manuel Hernández Govea
Secretario de Servicios Académicos

Mtro. Miguel Ángel Ruiz Magdonel
Director de Difusión Cultural

Mtro. Fredys Pérez Ruiz
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó el 28 de octubre de 2025, con un tiraje de 1000 ejemplares. Impreso en Ideo Gráficos S.A. de C.V. Calle Juan Álvarez 505, Centro, Villahermosa, Tabasco. El cuidado de la edición estuvo a cargo de M.R. Magdonel y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



UNIVERSIDAD JUÁREZ
AUTÓNOMA DE TABASCO



C O L E C C I Ó N

MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA

Historia y Pensamiento Social